

# LA IGLESIA EN LA REVOLUCIÓN DIGITAL



**OSVALDO REBOLLEDA**

# LA IGLESIA EN LA REVOLUCIÓN DIGITAL



**OSVALDO REBOLLEDA**

Este libro No fue impreso  
con anterioridad  
Ahora es publicado en  
Formato **PDF** para ser  
Leído o bajado en:  
**[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)**

Provincia de La Pampa  
**[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)**

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

# CONTENIDO

|   |           |
|---|-----------|
| <b>Introducción.....</b>                                  | <b>5</b>  |
| Capítulo uno:   |           |
| <b>Rechazo y retraso ante la era digital.....</b>         | <b>9</b>  |
| Capítulo dos:   |           |
| <b>El uso sabio de los medios digitales.....</b>          | <b>22</b> |
| Capítulo tres:  |           |
| <b>Identidad de Reino ante la revolución digital.....</b> | <b>35</b> |
| Capítulo cuatro:  |           |
| <b>La revolución abrió las puertas de la Iglesia.....</b> | <b>50</b> |
| Capítulo cinco:   |           |
| <b>La buena utilización de los medios digitales.....</b>  | <b>63</b> |
| Capítulo seis:  |           |
| <b>El Reino y la revolución digital.....</b>              | <b>76</b> |

Capítulo siete:

**La lucha contra la adicción digital.....89**

**Conclusión final.....100**

**Reconocimientos.....105**

**Sobre el autor.....107**



# INTRODUCCIÓN

*“Dichoso el que halla sabiduría, el que adquiere inteligencia. Porque ella es de más provecho que la plata y rinde más ganancias que el oro. Es más valiosa que las piedras preciosas: ¡ni lo más deseable se le puede comparar!”*

Proverbios 3:13 al 15

Vivimos en tiempos de cambios acelerados, donde la tecnología ha transformado no solo la manera en que nos comunicamos, trabajamos o aprendemos, sino también la forma en que vivimos nuestra fe. La revolución digital no ha pedido permiso para irrumpir en todos los ámbitos de la sociedad, y la Iglesia no ha quedado exenta de este fenómeno. Ante este escenario, muchos creyentes y líderes espirituales se han visto desconcertados, divididos entre el temor a lo nuevo y la urgencia de adaptarse.

Cuando comencé a servir a Dios, nadie en mi familia tenía un teléfono móvil; hoy en día, sería absurdo que alguien no lo tuviera. Desde aquellos días hasta hoy, el cambio tecnológico ha sido vertiginoso, y ya nada parece sorprendernos. La realidad ha superado a la ficción, y no estoy hablando de siglos, sino de una sola generación que pasó de un estilo de vida a otro, de forma verdaderamente abrupta.

Este libro nace con un propósito claro: ayudar a la Iglesia del Señor a discernir con sabiduría los tiempos que vivimos y a responder con entendimiento bíblico a los desafíos que la era digital presenta. Creo tener la autoridad suficiente para asumir este desafío, no solo por ser un ministro del Señor, sino porque he vivido en carne propia los impactantes cambios que se han producido a nivel global.

Estos cambios no los vivieron mis abuelos, y cuando les cuento a los jóvenes cómo fue mi infancia, muchos me miran sin comprender aquellas experiencias. Esto resulta impactante, porque todo ha cambiado tan rápidamente que, para evitar una gran brecha con las nuevas generaciones, que nacieron ya inmersas en esta tecnología, nos hemos visto obligados a adaptarnos velozmente. Esta presión ha generado temor en muchos hermanos.

La idea no es rendirnos ante la tecnología, permitiendo que nos gobierne por completo, ni tampoco resistirla ciegamente, como si fuera algo absolutamente diabólico. El verdadero desafío es aprender a usarla con sabiduría, como instrumento de redención, de verdad y de luz en medio de un mundo hiperconectado, pero cada vez más desorientado. Un mundo iluminado por la ciencia, pero sumido espiritualmente en tinieblas como nunca antes.

Durante mucho tiempo, algunas comunidades de fe han rechazado o postergado su ingreso al ámbito digital por desconfianza, desconocimiento o temor. Sin embargo, al hacerlo, corrieron el riesgo de aislarse de una generación que

vive y se comunica en línea. Este libro propone una reflexión profunda y práctica sobre cómo podemos redimir el uso de la tecnología para el Reino, sin perder nuestra esencia ni nuestra identidad en Cristo.

A lo largo de los capítulos, abordaremos temas cruciales como el uso responsable de las redes sociales, la ética digital, la identidad cristiana en un entorno virtual, el poder del discipulado en línea y los peligros de la adicción a los dispositivos. Cada capítulo pretende ser una herramienta para pastores, líderes y creyentes que desean comprender este nuevo entorno y actuar con discernimiento espiritual.

Jesús nos llamó a ser luz del mundo y sal de la tierra. Ese llamado también incluye el mundo digital. La revolución tecnológica no debe ser vista como una amenaza, sino como una oportunidad para extender el Reino de Dios más allá de los límites físicos, alcanzando corazones donde antes no podíamos llegar.

Cuando cultivamos una mentalidad de Reino, desaparece el temor al sistema global, porque vivir bajo el gobierno de Dios es la mayor garantía de que no seremos gobernados por nada ni por nadie más. El sistema puede someter a los necios y a los ignorantes, pero no tiene poder contra los hijos de Dios. Por eso, hay esperanza para una Iglesia valiente, capaz de afrontar los cambios sin temor.

Ruego a Dios que cada una de las páginas de este libro sea una guía útil, práctica y sobre todo, profundamente

bíblica para esta generación que navega entre pantallas, algoritmos y redes, sin olvidar jamás que nuestra verdadera conexión es con el cielo. Es cierto que estamos en medio de una revolución digital, pero no debemos olvidar que nosotros somos el fruto de la mayor de todas las revoluciones: la del Reino de Dios.

***“Adquiere sabiduría, adquiere inteligencia; no olvides mis palabras ni te apartes de ellas”.***

Proverbios 4:5



# Capítulo uno

## **RECHAZO Y RETRASO ANTE LA ERA DIGITAL**

*“La sabiduría es árbol de vida para quienes la abrazan;  
¡dichosos los que la retienen! Con sabiduría afirmó el  
Señor la tierra, con inteligencia estableció los cielos.”*

Proverbios 3:18 y 19 NTV

Durante décadas, una parte importante de la Iglesia evangélica, respondió con recelo o abierta negación ante el avance de la revolución digital y los desarrollos tecnológicos. El temor a aceptar algo que parecía provenir “del mundo” y que se percibía como peligroso, generó un costoso atraso, porque el avance de la ciencia fue abrumador, y algunos cambios, para ser efectivos, deben realizarse en el momento oportuno.

Aun así, fue positivo que la Iglesia comenzara a reconocer que las demandas del progreso tecnológico eran simplemente ineludibles. En realidad, el rechazo no fue fortuito ni infundado; muchas comunidades cristianas procuraban preservarse de toda contaminación. Sus líderes veían en las nuevas tecnologías una amenaza para los valores

tradicionales, la comunión espiritual y el modelo de vida cristiana basado en la presencia física, la Palabra impresa y la enseñanza directa.

Mirando esto desde la perspectiva actual, todo puede parecer exagerado, pero en aquel momento el avance tecnológico representaba una verdadera revolución. Cuando no hay un gobierno espiritual sólido que guíe a la Iglesia por caminos de libertad, las opiniones y decisiones humanas adquieren un protagonismo que puede volverse perjudicial. Reitero: no pretendo juzgar a nadie a la ligera, porque los cambios fueron demasiado vertiginosos y su impacto impidió una reacción rápida y acertada.

En los primeros años del auge digital, especialmente entre las décadas de 1980 y el año 2000, varias iglesias evangélicas asociaban los medios electrónicos y digitales con el entretenimiento mundano, la superficialidad o incluso con instrumentos de control cultural, contrarios a la cosmovisión cristiana. El uso de internet, las redes sociales y las plataformas de video era considerado por muchos líderes como una distracción, un riesgo moral o un mecanismo para la propagación del pecado. Se temía, con cierta razón, la exposición a contenidos inadecuados, la pérdida de autoridad de la enseñanza bíblica y la erosión de la comunidad eclesial presencial.

Además, la rápida transformación del lenguaje, las nuevas formas de interacción y el auge de una cultura visual, generaron un fuerte choque con la tradición oral y escrita que

había sostenido a la Iglesia durante siglos. Esto es fácil de analizar hoy, pero hay líderes que, al sentirse responsables de la conducción del pueblo, cuando no utilizan el discernimiento espiritual, caen fácilmente en el error de restringir autoritariamente ciertas libertades.

Esto es tan evidente, que hoy en día aún existen congregaciones que parecen detenidas en el tiempo: con mobiliario antiguo, instrumentos obsoletos y hermanos que visten intencionalmente fuera de toda moda actual. Esto no sería un problema si la Iglesia solo buscara su preservación. Pero cuando se trata de crecer y de impactar al mundo, todo esto la vuelve obsoleta e inadecuada.

Algunos líderes insisten en que lo único importante es lo espiritual, y esto es casi cierto. Digo “casi” porque, si bien lo espiritual es lo más importante para la Iglesia, no es lo único que importa. No debemos enajenarnos del mundo, porque nuestro mensaje es para toda la humanidad. No hemos sido llamados a combatir culturas naturales, sino a manifestar una cultura de Reino, que es mucho más poderosa y transformadora.

Cuando la Iglesia comprende el poder de su inquebrantable identidad en Cristo, pierde el miedo y avanza, como lo ha hecho durante más de dos mil años, bajo la presión de toda clase de cultura. Observemos que la Iglesia nunca ha podido ser detenida en ningún punto de la historia, por más hostilidad que el sistema haya pretendido ejercer. De hecho, las mayores etapas de estancamiento y pasividad no

han sido por ataques externos, sino por una mala gestión interna.

En otras palabras, cuando la Iglesia permite que surjan enemigos internos, sufre opresión. Los líderes religiosos legalistas o desviados de la verdad han sido, muchas veces, los mayores enemigos de la Iglesia. Sin embargo, cuando la hostilidad proviene del mundo, ya sea física, política, ideológica, religiosa o cultural, la Iglesia no puede ser detenida, sino más bien purificada por medio de la aflicción.

Con el paso del tiempo, muchos líderes comenzaron a discernir, que la tecnología no era en sí misma enemiga del Evangelio, sino una herramienta poderosa que debía ser redimida para el Reino de Dios. La revolución digital, lejos de representar una pérdida, ofrecía una oportunidad inédita para llevar el mensaje de Cristo a todo el mundo. La mentalidad comenzó a cambiar, aunque hubo que empezar desde atrás, pues sin duda quedamos rezagados.

Eventos globales como la pandemia del COVID-19 también marcaron un antes y un después. Iglesias que antes veían con desconfianza el mundo digital, se vieron forzadas a transmitir cultos en línea, ofrecer discipulados virtuales y mantener la comunión a través de plataformas digitales. Esta experiencia demostró que la tecnología podía servir como un puente de gracia, y no necesariamente como un muro de división.

Esto no fue fácil de digerir para algunos, y otros directamente se negaron por completo. Conocí a varios pastores en Argentina que, negados a la tecnología, desconocían completamente el manejo de los medios. Por ello, aunque había prohibiciones de salir del hogar, algunos se aventuraron a visitar hermanos, o incluso a salir en busca de medios económicos para sobrevivir. Muchos de ellos, lamentablemente, se convirtieron en transmisores de la enfermedad, y muchos otros murieron.

Vivo en un pueblo de casi diez mil habitantes, y en los primeros tiempos de la pandemia hubo cero casos. Sin embargo, el virus ingresó y se esparció, causando varias víctimas fatales, a raíz de una reunión realizada en una iglesia. La negativa a establecer toda comunicación de forma virtual terminó provocando la muerte de muchas personas.

Terminada la pandemia, muchas iglesias continuaron negadas a la tecnología, y varias de ellas tuvieron que cerrar sus puertas. Pero gracias a Dios, la gran mayoría abrazó el cambio y comenzó a dar a jóvenes entendidos un rol que anteriormente no tenían. Es decir, muchos pastores siguieron sin comprender la era digital, pero al menos tuvieron la humildad de pedir ayuda a los jóvenes que manejaban con destreza los medios y la tecnología.

La mayoría de las iglesias comenzaron a comprar equipamiento para transmitir sus reuniones. Adquirieron cámaras, luces, consolas de edición y nuevas computadoras, porque vieron la necesidad de ofrecer mejores transmisiones.

De hecho, aunque muchas congregaciones ya podían volver a reunirse presencialmente, limitaron sus actividades al domingo, manteniendo los discipulados de forma virtual.

La necesidad de adaptarse se hizo más evidente con el surgimiento de nuevas generaciones nativas digitales, que de manera natural utilizaban más los medios digitales que los impresos. Se volvió algo común tener la Biblia en el móvil o en una tablet, y no en formato impreso. Estos hermanos eran asiduos consumidores de contenidos en video, audio, redes y otros medios digitales. Negarse al cambio era perder a estos hermanos, que de ninguna manera modificarían su relación con la tecnología.

Muchos pastores criticaban la falta de Biblias impresas en las reuniones, pero finalmente tuvieron que resignarse. Durante un tiempo, se insistía en que los celulares se apagaran o se pusieran en modo avión durante las reuniones, pero luego se aceptó que muchos hermanos tenían la Biblia en sus dispositivos y necesitaban mantenerlos encendidos.

Personalmente, creo que esto es inevitable, aunque ciertamente ha causado un perjuicio. La falta de contacto con el libro físico ha privado a muchos hermanos de una comprensión más clara del panorama bíblico. Es decir, no conocen el orden de los libros ni su composición, porque al buscar en sus móviles solo ingresan el versículo deseado y este aparece en pantalla.

Hoy en día, muchas iglesias evangélicas han abrazado los medios digitales como canales legítimos de predicación, enseñanza y conexión. Se desarrollan aplicaciones bíblicas, se predica por YouTube y se enseñan cursos por Zoom. Las redes sociales se han convertido en una extensión del púlpito, y los mensajes llegan a personas que jamás entrarían por las puertas de un templo.

Este cambio no ha estado exento de desafíos. La Iglesia ahora debe discernir cómo usar la tecnología sin ser dominada por ella; cómo mantener la esencia del Evangelio sin diluirla en la cultura digital; y cómo seguir formando discípulos en un entorno marcado por la inmediatez, la imagen y la sobrecarga de información.

La Iglesia evangélica está siendo llamada a caminar con sabiduría en esta era digital. No puede volver al pasado ni ignorar el presente. El reto es mantener firme la verdad eterna del Evangelio, mientras se utilizan con inteligencia y propósito las herramientas que el tiempo actual ofrece.

Negar la tecnología fue un error comprensible; aceptarla sin discernimiento sería un error aún mayor. En la Iglesia debemos reconocer que hemos tenido pericia para sostener la fe, pero no siempre para discernir cómo tratar con el sistema. El miedo nunca desata sabiduría, sino que más bien conduce a la necedad. Cuando sospechamos de algo sin discernimiento espiritual, entramos en conflicto.

Creo y enseño, que si la Iglesia procurara un presbiterio profético, o contara con un equipo apostólico que buscara dirección en una profunda comunión espiritual, recibiría clara guía de parte de Dios en todo momento. Esta no debería ser solo tarea del pastor, sino de todo su equipo, y de la misma manera, creo que así deberían funcionar los consejos pastorales de cada ciudad, pidiendo sabiduría y dirección a Dios en todo.

Si la Iglesia, a través de sus equipos de trabajo, lograra una comunicación efectiva con Dios, no temería equivocarse en sus decisiones. No actuaría con necias negaciones ni con absurdas sospechas, sino con sabiduría y discernimiento espiritual.

En fin, hasta que algo así ocurra, seguiremos padeciendo desacuerdos entre nosotros, y retrasos en la penetración efectiva del sistema global. Siempre digo con tristeza que, cuando la Iglesia actúa bajo temor, hace lo mismo que una madre que, ante el mal olor, tira al bebé junto con el pañal. Si algo está sucio y huele mal espiritualmente, debemos desecharlo, pero no debemos tirar todo, sino que debemos quedarnos con lo que es verdaderamente valioso.

Cuando se trata del sistema, solemos cerrar la puerta a todo, en lugar de volvernos selectivos. En casos como el de la era digital, debemos abrir la puerta con autoridad a todo avance tecnológico, poniéndolo sabiamente al servicio de Dios. El camino del Reino es redimirlo todo para la gloria de Dios, y eso también incluye el mundo digital.

La mayoría de nosotros, especialmente después de la pandemia, estamos tratando de hacerlo. Pero ciertamente hemos quedado algo relegados, y en el desarrollo de este libro demostraré claramente los motivos. De todas maneras, esta es nuestra realidad, y debemos seguir trabajando en ella.

Mientras la Iglesia duda al respecto, el rápido desarrollo de la tecnología está transformando la civilización de maneras que nadie imaginaba. Esto me parece muy apasionante, pero a la misma vez peligroso, si la humanidad no actúa con sabiduría. En realidad, eso es lo que genera incertidumbre: que la sabiduría humanista sigue siendo la del árbol de la ciencia, y por tal motivo, también mantiene un trasfondo diabólico.

Sabemos muy bien que el mundo entero está bajo el maligno (**1 Juan 5:19**), y un cambio tan radical como el de la revolución tecnológica no está fuera de su radar. Nadie duda que los seres humanos tienen un gran potencial; basta ver las cosas que han creado en este mundo para comprobarlo. El problema es que, junto con lo bueno, siempre está operativa la maldad.

Por ejemplo, la medicina y los laboratorios han avanzado enormemente en términos científicos, pero de igual manera, han creado nuevos virus y enfermedades. Además, para obtener incalculables ganancias, imponen largos tratamientos y un consumo exagerado de medicamentos.

Los hombres han creado increíbles maquinarias para la producción y procesamiento de alimentos, pero, sorprendentemente, con todos los avances tecnológicos, el hambre en el mundo no ha disminuido. En el año 2023 se estimó que aproximadamente ochocientos millones de personas en el mundo estaban pasando hambre. Esta cifra se ha mantenido estable en los últimos tres años, pero sigue siendo superior a la registrada antes de la pandemia, con al menos ciento veinte millones de nuevos hambrientos.

Podría enumerar muchos ejemplos más, pero se entiende claramente que, mientras los seres humanos obran cada día con mayor inteligencia, no pueden despegarse de la influencia diabólica que los atraviesa sin piedad. Es en este punto donde la Iglesia tiene la ventaja de recibir sabiduría de Dios y obrar bajo Su dirección y bendición. No debemos desaprovechar eso, porque ese debería ser nuestro gran aporte a la humanidad.

Nosotros somos portadores de una verdad que no solo salva. El evangelio del Reino que debemos predicar no se limita a salvar a la humanidad de una condenación eterna, sino a rescatar a los seres humanos de sí mismos y de las garras de las tinieblas, poniéndolos bajo el gobierno de Dios.

Con esto quiero decir que la humanidad está evidenciando un gran aumento en su inteligencia, pero al mismo tiempo está permitiendo que una mayor tiniebla la cubra. La revolución digital es extraordinaria, pero la maldad que atraviesa a la humanidad ha causado mucho daño. La

Iglesia debería desechar el pañal y quedarse con el bebé; debería perder el miedo, profundizando y perfeccionando su comunión con Dios, y aportar a la humanidad el equilibrio entre el avance tecnológico y el avance de la luz.

Del mismo modo, la revolución digital puede aportar un gran valor a la Iglesia, pero debemos comprenderla y utilizarla con autoridad y sabiduría espiritual. La gran telaraña del internet ha descendido y cubierto casi todos los aspectos de la civilización, y no debemos ignorar eso. Mejor dicho, no podemos ignorarlo. Por tal motivo, lo mejor es adaptarnos y aprender a usufructuar sus beneficios.

Ante el gran impacto de la revolución digital, muchos me han preguntado si esto estaba profetizado en la Biblia. Hace más de veinticinco siglos, Daniel escribió: ***“Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia se aumentará”*** (Daniel 12:4). Solo en la historia reciente hemos visto un vertiginoso aceleramiento de los tiempos. Es decir, todo el avance tecnológico permite a las personas optimizar la utilización de su tiempo, porque todo está siendo creado para hacer todo más rápido. Pero curiosamente, las personas dicen tener cada vez menos tiempo.

Jesús dijo que los días serían acortados (Mateo 24:22), y tal vez por eso, a pesar de toda la tecnología disponible, los seres humanos tenemos la innegable sensación de tener cada vez menos tiempo, o que este pasa más rápido. De hecho, los índices de mortalidad han crecido, y aunque la calidad de

vida en la vejez ha mejorado notablemente, la vida parece ser más corta que nunca.

En cuanto al aumento del conocimiento, un artículo publicado en el sitio web de la revista digital Journal compartió esta sorprendente estadística: “Hasta el año 1900, el conocimiento humano se duplicaba aproximadamente cada siglo. Sin embargo, ya en 1950, se duplicaba cada 25 años. Desde el año 2000, el conocimiento humano se ha duplicado cada año. Actualmente, y a través de la inteligencia artificial, nuestro conocimiento casi se duplica a diario”.

Los tiempos se han acelerado, la ciencia ha aumentado de manera vertiginosa y la humanidad está desarrollando su potencial rápidamente. La Iglesia debe despertar a estos cambios, porque la Biblia sí habla claramente de los tiempos finales. Así como todo está evolucionando para bien, todo también está siendo atravesado por el poder de las tinieblas.

Los hijos de Dios no debemos pretender que todo esto no está ocurriendo. No debemos actuar como ignorantes que piensan que, negando algo, esto dejará de existir. En este punto, les recomiendo leer mi libro titulado Sesgo de normalidad, donde analizo de qué manera la Iglesia actual pretende actuar como el avestruz, que ante un peligro inminente esconde su cabeza en un pozo, pensando que así estará a salvo de los depredadores.

Iglesia preciosa, debemos despertar. Debemos profundizar en el conocimiento de los cambios que están

aconteciendo. Está bien que sigamos adelante con nuestros discipulados y nuestras enseñanzas bíblicas, pero no debemos encerrarnos entre cuatro paredes, pensando que en nuestros ámbitos estaremos más seguros. Observemos al mundo, analicemos lo que está pasando y adaptémonos para usufructuar los beneficios, dando testimonio del evangelio del Reino en todo lugar y con toda herramienta disponible.

***“Levántate, resplandece, porque ha llegado tu luz y la gloria del Señor ha amanecido sobre ti. Porque he aquí, tinieblas cubrirán la tierra y densa oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, y sobre ti aparecerá Su gloria”.***

Isaías 60:1 y 2 LBLA



## Capítulo dos

# EL USO SABIO DE LOS MEDIOS DIGITALES

*“Porque el Señor da sabiduría, de su boca vienen el conocimiento y la inteligencia. El reserva la prosperidad para los rectos, es escudo para los que andan en integridad, guarda las sendas del juicio, y preserva el camino de sus santos. Entonces discernirás justicia y juicio, equidad y todo buen sendero; porque la sabiduría entrará en tu corazón, y el conocimiento será grato a tu alma; la discreción velará sobre ti, el entendimiento te protegerá, para librarte de la senda del mal...”*

Proverbios 2:6 al 12 LBLA

Por primera vez, cualquier persona con acceso a Internet puede hacer oír su voz a miles, incluso millones, de personas en cuestión de segundos. No importa si está sola en una habitación, si sabe lo que dice o si está dispuesta a exponer estupideces; lo cierto es que las redes son un vehículo capaz de transportar ideas de un lado a otro y multiplicarlas sin filtro alguno.

En otras palabras, si alguien se dispone a utilizar bien las redes, puede ser de bendición para muchas personas, pero si lo hace mal, puede causar mucho daño. Algunos dicen que las redes sociales han democratizado la comunicación, rompiendo barreras geográficas, culturales e institucionales. Sin embargo, junto con esta gran oportunidad, ha venido una gran responsabilidad, porque si bien, nadie tiene el derecho de regularlas como si fuera un soberano dictador, tampoco nadie debería utilizar las redes para hacer daño.

La Iglesia debe tener una postura clara al respecto, porque ver la maldad en Internet y rechazar su uso, es como rechazar los medios de transporte porque pueden causar muertes. Los aviones se caen, los barcos suelen hundirse, y los automóviles colisionan cuando las personas los utilizan irresponsablemente, o cuando simplemente fallan. Ciertamente pueden ser mortales, pero nadie en su sano juicio pensaría en prohibirlos para evitar las muertes, en lugar de mejorar su calidad y fomentar un uso responsable.

Con el agua, la gente puede ahogarse; con el fuego, puede quemarse; con la electricidad, puede electrocutarse, pero eso no implica que no nos bañemos, que no cocinemos con fuego o que rechacemos la electricidad. Nadie haría semejante tontería. Lo que debemos hacer es utilizar sabiamente y responsablemente todos los recursos que pueden ser de gran bendición.

Con los medios digitales ocurre lo mismo: pueden ser un peligro porque son de acceso libre y están a la mano de

cualquiera, sea bueno o malo, prudente o irresponsable. Los hijos de Dios tenemos un mensaje extraordinario para dar, un mensaje que puede ser de bendición para millones de personas. No deberíamos desperdiciar semejante oportunidad que nos brindan los medios digitales y las redes sociales para comunicar el evangelio del Reino.

Como vemos, este nuevo entorno digital es un campo fértil tanto para sembrar vida como para causar daño, dependiendo del corazón que mueve cada palabra, cada imagen y cada publicación. Lamentablemente, muchos hemos observado con tristeza cómo un número creciente de cristianos ha convertido las redes sociales en un espacio para la crítica pública, la denuncia sin misericordia y el juicio abierto contra pastores, líderes y congregaciones enteras.

Los cristianos solo deberíamos levantar el nombre de Cristo y edificar a los santos en general; sin embargo, algunos han hecho del espacio digital un púlpito alternativo desde el cual derriban y desacreditan a otros, criticando incluso aquello que desconocen. Este capítulo quiere llamar a la reflexión y ofrecer una guía bíblica y espiritual sobre cómo utilizar sabiamente las redes, honrando a Dios y a Su pueblo en cada interacción.

Según los investigadores de ciencias del comportamiento, un problema que experimentan los usuarios de las redes sociales es la necesidad de aceptación y popularidad. Los sentimientos de ansiedad ante una innumerable audiencia hacen que muchas personas se

comporten de una manera diferente, tratando de generar aprobación, lo cual puede llevarlas a hacer cosas audaces, arriesgadas, extravagantes o dañinas.

Por eso, cuando los verdaderos cristianos usan las redes sociales, su objetivo no debe ser la popularidad, ni los comportamientos egoístas, ni la obtención de muchos “me gusta”. ¿Cuál debe ser nuestro objetivo? Como dijo el apóstol Pablo: ***“háganlo todo para la gloria de Dios”***. Por lo tanto, cualquier cosa que hagamos los hijos de Dios, incluso cuando publicamos algo en plataformas de redes sociales como YouTube, Facebook, LinkedIn, TikTok, Twitter, Instagram, Reddit y otras páginas web o aplicaciones, debemos procurar ante todo agradar a nuestro Señor.

***“No vivan según el modelo de este mundo. Mejor dejen que Dios cambie su vida con una nueva manera de pensar. Así podrán saber lo que Dios quiere para ustedes y también lo que es bueno, perfecto y agradable a él.”***

Romanos 12:2 PDT

Los medios digitales mal utilizados pueden ser muy peligrosos para la vida espiritual, moral y social de las personas. Lo peor de la humanidad y lo mejor pueden estar juntos en un mismo portal, desde el exhibicionismo selectivo que satura la mayoría de las redes sociales, hasta la descalificación, difamación y mentiras contra otras personas.

Las redes sociales se han convertido en un asunto donde todo puede llegar a ser vanidad, como escribió

Salomón en **Ecclésiastés 1:2**. Desde las exageraciones y mentiras para exaltar virtudes personales, hasta cierto tipo de filtros en fotos en Instagram para ocultar la verdad de los cuerpos. La obsesión por los “retuits” y la repercusión de las publicaciones se han vuelto un elemento de alegría o de gran frustración para muchos.

Aquellos que siempre buscan llamar la atención sobre sí mismos encontraron en las redes una plataforma para exaltar y promocionar su “ego”. Todas estas tentaciones son características de una generación sin Dios, atrapada por la cultura del consumo, los intereses económicos y el deseo de reconocimiento.

Es lógico que esto ocurra así entre quienes no conocen la Luz, pero los hijos de Dios no deben caer en esas vanidosas actitudes. Tristemente, en muchos casos no se distingue ninguna diferencia entre las publicaciones de los impíos y las de algunos cristianos. Esto no debería ser así, pero incluso algunos ministros publican imágenes donde se muestran gozando de ciertos placeres o disfrutando privilegios, a manera de vano exhibicionismo.

No tiene nada de malo publicar la fotografía de un viaje o de un momento de felicidad, pero es evidente cuando alguien comparte algo con la intención de mostrar su éxito o bienestar. Una cosa es compartir un buen momento con los contactos, y otra muy distinta es exhibir virtudes físicas para agradar, mostrarse como un triunfador en alguna tarea o exponer riquezas para ostentar un determinado estatus social.

Por otra parte, todos tenemos derecho a opinar a favor o en contra de una idea determinada, pero los cristianos debemos tener mucho cuidado al respecto. Primeramente, debemos evaluar si una crítica es necesaria, porque postear comentarios que no edifican no tiene sentido. Dar opiniones negativas cuando nadie las ha solicitado, y solo con el afán de hacerse notar, es absurdo.

Reitero, es lógico que quienes no conocen a Dios actúen así, pero los cristianos debemos cuidar lo que escribimos o decimos en redes sociales. Justamente, el hecho de que una red sea social, implica que la verá toda la sociedad, y los comentarios negativos sobre ministerios, hermanos o ministros son algo que todo buen hijo de Dios debería evitar.

La Biblia nos advierte sobre falsas doctrinas, falsas unciones y falsos ministros. Jesús mismo lo enseñó claramente (**Mateo 24:24**), por lo que debemos usar discernimiento espiritual y guiarnos bajo la dirección del Espíritu Santo para no ser engañados. Sin embargo, denunciar y opinar apresuradamente en redes sociales no es tarea que Dios nos haya asignado.

Incluso el apóstol Pablo denunció claramente a los falsos, pero lo hizo en epístolas dirigidas exclusivamente a las congregaciones; no es algo que debemos hacer públicamente en redes sociales, donde no solo cristianos ven, sino también personas que desconocen la Iglesia, nunca han

asistido a una reunión y pueden formarse juicios equivocados por ciertas publicaciones.

Es cierto que hay falsos ministros, falsos milagros, falsas doctrinas, religiosidad vacía, operaciones demoníacas, liderazgos manipuladores, abuso de poder y explotación financiera. Esto ha existido siempre en algunas congregaciones. Aunque nunca debió ser así, es una realidad. Lo que no deberíamos hacer es exponer todo esto en las redes sociales. Podemos y debemos hablarlo en el seno de la Iglesia, pero no en redes, porque quienes nunca han ido a una iglesia probablemente jamás lo harán.

Es verdad que hay ministros que se han enriquecido de manera obscena, pero no representan ni el uno por ciento de los ministros verdaderos que hay en el mundo. Llevo varias décadas sirviendo a Dios y viajando por el mundo; no conozco personalmente a ningún ministro millonario. No digo que no existan, sino que no he conocido a ninguno en persona. En cambio, conozco a miles de ministros honestos, con vidas normales o incluso con limitaciones financieras, de quienes no se dice nada.

Hay ministros auténticos, unciones genuinas, milagros extraordinarios, doctrinas absolutamente puras, pastores que administran con honestidad y con temor las finanzas de la Iglesia. Hay matrimonios pastorales íntegros, santos y honestos, que aman a Dios y han entregado todo por la obra. De ellos deberíamos hablar los cristianos.

Tenemos un evangelio extraordinario; la buena noticia del Reino no se compara con ninguna otra. Y, sin embargo, los cristianos pierden esta oportunidad por publicar críticas sobre ministerios que, en muchos casos, ni siquiera conocen personalmente. Esto es muy triste y no debería ser así.

En una ocasión, ya lo he contado antes, vi una publicación sumamente agresiva contra un ministro de Centroamérica. La foto que la acompañaba era la imagen del ministro, alterada digitalmente para que pareciera diabólica. Luego, los comentarios eran violentos y descalificadores. Al investigar quién había hecho eso, descubrí que era un hermano que ni siquiera pertenecía a ese ministerio, ni era de ese país.

Sentí mucha pena al ver esa publicación y me preocupó la actitud de ese hermano. Por eso decidí hacer algo que generalmente no hago: le escribí para sugerirle que no fuera tan agresivo, y que sus despiadadas críticas públicas solo dañaban la opinión que la gente pudiera formarse de los pastores, o de la Iglesia en general.

Este hermano me respondió acusándome de ser cómplice del supuesto falso ministro y que solo defendía al ministro, que él actuaba como Pablo denunciando a los falsos para que la Iglesia no fuera engañada, y que eso era lo que yo debería hacer. No guardé su respuesta, pero fue mucho más agresiva que esto. Al final, solo le contesté que Pablo no tenía Facebook y que todas sus denuncias fueron hechas puertas adentro. Eso es lo único que pretendí ayudarlo a comprender.

Desde entonces me prometí no procurar aconsejar a los necios, que de manera descuidada y violenta golpean a la Iglesia como Moisés a la piedra (**Números 20:11**). Puede que algunos estén acertados en sus puntos de vista; incluso he leído a algunos con quienes estoy completamente de acuerdo. El tema no es si tienen razón o no, sino si actúan sabiamente al hacer públicas sus opiniones en redes sociales que ve todo el mundo.

Tal vez no somos tan conscientes como deberíamos serlo, pero nuestras palabras tienen poder. Dan vida o producen muerte, edifican o destruyen. Y en el contexto digital, ese poder se multiplica exponencialmente cuando usamos estos medios. Una palabra dicha en un púlpito local quizá la escuchen cien personas, pero una publicación malintencionada en redes puede alcanzar a miles, o viralizarse sin control.

Muchos creyentes no han discernido el peso espiritual de sus palabras en línea. Lo que compartimos no es neutro. Cada comentario, publicación o reacción, expresa un testimonio, no solo personal, sino colectivo. El mundo no distingue entre “un cristiano” y “la Iglesia”. Cuando alguien que se identifica como creyente ataca a otro siervo de Dios o a una congregación, el escándalo se atribuye al cuerpo de Cristo en su conjunto.

La tecnología ha hecho que nuestras lenguas sean más largas y nuestras palabras más peligrosas. Ya no basta con cuidar lo que decimos en privado; debemos aprender a

governar lo que publicamos ante un mundo que inevitablemente nos observa.

***“¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme.”***

Romanos 14:4

En muchas plataformas digitales se ha levantado un espíritu de juicio. Hay creyentes que se sienten autorizados para hablar contra todo y contra todos: pastores, evangelistas, iglesias, denominaciones, métodos, enseñanzas... todo es objeto de análisis, burla o denuncia pública. Algunos justifican esta actitud diciendo que están “defendiendo la sana doctrina” o “advirtiendo al pueblo”, pero en realidad, muchas veces, se trata de críticas cargadas de carnalidad, resentimiento, celos o dolor no sanado.

La Palabra nos enseña que no somos jueces del siervo ajeno. Si alguien sirve a Dios, aunque creamos que está equivocado en algo, corresponde al Señor corregirlo, sostenerlo o removerlo. Nuestra actitud debe ser de humildad, oración y temor, no de superioridad espiritual.

Además, la corrección bíblica sigue un protocolo: primero en privado, luego con testigos, y solo después, si no hay arrepentimiento, puede haber una exposición más pública, pero en el seno de la Iglesia (**Mateo 18:15 al 17**). Saltarse este proceso y hacer de las redes un tribunal no es

justicia espiritual, sino desobediencia al orden establecido por el mismo Señor.

Nuestro llamado como Iglesia no ha cambiado con la llegada de la tecnología: seguimos siendo constructores del Reino, no demolicionistas espirituales. Pablo nos exhorta a hablar palabras que edifiquen y den gracia. ¿Estamos haciendo eso en nuestras redes, o estamos destruyendo a otros, pensando que hacemos un grato servicio a Dios?

Publicar una crítica dura, burlarse de un error doctrinal, compartir escándalos ministeriales o sumarse al linchamiento digital puede parecer un acto de justicia, pero suele ser un acto de autodestrucción. No edifica a nadie. No produce arrepentimiento. Solo deja un sabor amargo y siembra división dentro de la Iglesia, además de alimentar críticas de aquellos que ni siquiera han visitado una congregación.

La edificación requiere sabiduría, paciencia y amor. Se puede advertir sin destruir. Se puede corregir sin humillar. Se puede denunciar lo falso sin arrastrar al barro a los siervos de Dios. El Espíritu Santo nos guía a hablar la verdad, pero con amor (**Efesios 4:15**). No se trata de rechazar las redes sociales, sino de redimirlas, de entender que son un campo de misión, un púlpito virtual, una plaza donde el evangelio puede resonar con poder. Pero eso exige madurez y propósito.

Cuando los cristianos usamos las redes con sabiduría, podemos convertirlas en verdaderos altares de proclamación para predicar el evangelio del Reino. Podemos volverlas espacios de enseñanza para discipular, formar y edificar a los santos. Podemos convertirlas en una fuente de ánimo para fortalecer a los débiles, animar a los cansados, consolar a los afligidos y dar luz a quienes viven atrapados en las tinieblas.

Si actuamos con sabiduría, podemos incluso crear una plataforma de noble defensa para nuestra fe en Jesucristo. No para discutir, sino para debatir sanamente, exponiendo las muchas riquezas de la verdad que profesamos. Debemos permitir que el Espíritu Santo nos guíe sabiamente ante todo lo que publiquemos en las redes sociales y en los medios digitales.

La revolución digital no es enemiga de la Iglesia, siempre y cuando usemos los medios con sabiduría espiritual. Nos brinda una oportunidad para llevar la verdad de Cristo a las naciones. Pero para que esto ocurra, debemos ser astutos como serpientes y sencillos como palomas (**Mateo 10:16**). No podemos participar de los métodos del mundo: juicio, burla, exposición pública, orgullo disfrazado de celo, envidia, difamación y violencia verbal.

Que el Señor nos ayude a ser sabios administradores de las oportunidades, manteniendo limpias nuestras redes, así como nuestros corazones. Que cada publicación sea como incienso agradable ante Su presencia. Que cada palabra dicha en línea sea fiel reflejo de nuestro carácter redimido. Y que

el mundo, al ver cómo nos tratamos, diga: “Estos verdaderamente son discípulos de Jesús”.

***“Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.”***

Mateo 5:9



## Capítulo tres

# IDENTIDAD DE REINO ANTE LA REVOLUCIÓN DIGITAL

*“Más vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia.”*

1 Pedro 2:9 y 10

La revolución digital no puede ser evitada; ya está entre nosotros y ha transformado profundamente el mundo en el que vivimos. Las redes sociales, los dispositivos móviles, las plataformas de comunicación y la inmediatez de la información han creado un entorno global en el que la identidad personal y colectiva se construye y proyecta constantemente en línea.

En este escenario, donde abundan las voces que modelan lo que debemos ser, cómo debemos lucir y qué debemos desear, la Iglesia tiene el llamado urgente de afirmar

su identidad de Reino. Esto representa todo un desafío y, en este capítulo, pretendo reflexionar sobre ello y presentar mis puntos de vista. Creo que estamos ante una gran oportunidad que no debemos desaprovechar.

No podemos ser testigos eficaces del Evangelio si no sabemos quiénes somos en Cristo. Solo cuando nuestra identidad está anclada en Él, podemos vivir, hablar, publicar y predicar desde una posición firme, sin dejarnos arrastrar por las corrientes de este siglo. Esta revolución digital no es neutra; es un terreno donde se libra una batalla por el alma, y la Iglesia debe estar preparada, no para huir de este mundo digital, sino para redimirlo con el mensaje del Reino de Dios.

La Biblia enseña que hemos sido creados a imagen de Dios (**Génesis 1:27**), redimidos por la sangre de Cristo (**2 Corintios 5:17**). Dios nos dio vida, estando nosotros muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:5**). Pasamos a ser parte de la familia de Dios (**Juan 1:12**), fuimos hechos uno con Él (**1 Corintios 6:17**) y uno entre nosotros (**Juan 17:20 al 23**), fortalecidos y equipados por el Espíritu Santo (**Romanos 8:9**). Estas verdades establecen nuestra identidad y deben transformar de manera fundamental la forma en que nos vemos a nosotros mismos.

Encontrar nuestra identidad en Cristo comienza por comprender que hemos sido creados a imagen de Dios y que en Él, hemos recuperado nuestra verdadera esencia. Esta creencia fundamental afirma nuestro valor y dignidad inherentes, contrarrestando cualquier percepción negativa de

nosotros mismos o devaluación social. Abrazar esta verdad requiere fe; vernos como Dios nos ve es esencial. La belleza de esta verdad es saber que Dios nos ha dado valor y propósito en la persona de Cristo.

***“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.”***

2 Corintios 5:17

El Nuevo Pacto es la vida en el Nuevo Hombre, y es en Él que vivimos, nos movemos y somos (**Hechos 17:28**). Vivir el Reino en la persona de Cristo es mucho más que ser creyentes que asisten al culto. Todo lo que vivimos y tenemos es en Él, por Él y para Él, por eso el apóstol Pablo escribió: ***“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.”*** (Gálatas 2:20).

Esta comunión espiritual significa que el Padre nos ama incondicionalmente y nos ha traído a Él en la persona de Cristo (**1 Juan 3:1**). Como hijos de Dios, participamos activamente en la vida de la Iglesia, que es la manifestación del cuerpo de Cristo, cultivando una verdadera comunión con nuestros hermanos.

La persona del Espíritu Santo es quien nos otorga entendimiento de todo esto, y quien nos imparte todas las cualidades de Cristo. **Romanos 8:9** explica: ***“Sin embargo,***

***ustedes no están en la carne sino en el Espíritu, si en verdad el Espíritu de Dios habita en ustedes” (NBLA).***

El Espíritu Santo nos da poder y nos guía, permitiéndonos vivir de una manera que honra a Dios. Su poder nos lleva al crecimiento espiritual y a la capacidad de dar frutos como amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza (**Gálatas 5:22 y 23**). Así manifiesta el Señor Su gracia, dándonos vida, poniéndonos en Cristo y otorgándonos todo en Él. Nuestra identidad está forjada en esta verdad eterna.

***“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús.”***

Romanos 8:1

Nuestra seguridad está en Cristo y todo lo que vivimos proviene de Él. Encontrar nuestra identidad en Cristo significa reconocer que nuestro valor y propósito, provienen de una comunión personal y profunda con Él. La base de nuestra acción digital no es nuestra creatividad, ni nuestra popularidad, ni nuestras estrategias tecnológicas, sino nuestra identidad en Cristo.

Nuestra identidad espiritual no se expresa por un nombre de usuario en una red social, ni por un determinado número de seguidores, ni por la estética de un perfil digital. Está en ser hijos de Dios, herederos del Reino, embajadores de Cristo y templos del Espíritu Santo. Desde esta identidad

gloriosa, se nos encomienda una misión: “anunciar las virtudes de aquel que nos amó y nos otorgó la vida.”

Las redes sociales y el mundo digital pueden ser herramientas poderosas para la expansión del Reino, pero también pueden convertirse en trampas peligrosas para quienes no han afirmado su identidad espiritual. Esto no debería ser así, pero lamentablemente es muy común ver perfiles de cristianos que lo que menos parecen es que realmente sean cristianos.

El perfil de algunos hermanos no contiene nada respecto a su fe. Es curioso que, siendo hijos de Dios, no muestren nada que los identifique como tales. Algunos hablan de política, deportes, cuestiones laborales o de la vida diaria, pero no se observa en sus publicaciones nada que edifique a los demás o que presente el evangelio a los inconversos.

Esto podría parecer extraño porque uno siempre expresa aquello que inunda su corazón, pero lo que me alarma es que algunos, al comentar sobre política, manifiestan conceptos contrarios a la ética y la moral cristiana. En Argentina, por ejemplo, la política tiene un triste testimonio de corrupción. Algunos partidos políticos han dado claras evidencias de terribles hechos de corrupción. No tengo ninguna preferencia partidaria, pero me parece terrible que algunos cristianos apoyen eso.

Recuerdo que, hace unos años, en época de campaña para unas elecciones nacionales, tuve que predicar en varias congregaciones que tenían gran expectativa sobre lo que estaba por acontecer en el país. En varias ocasiones dije que no me correspondía a mí, ni a ningún predicador, decirle a la gente a quiénes votar, pero sí podía, como ministro de Dios, decirles que no debían votar a nadie vinculado con la corrupción, porque eso debía ser inadmisibile para nosotros, los hijos de Dios.

Increíblemente, después de algunas de esas reuniones, hubo hermanos que me reclamaron con enojo, diciendo que yo estaba en contra de sus candidatos favoritos. Eso me pareció terrible, primero porque de ninguna manera había en mí un interés político a favor de nadie. De hecho, creo que defender una ideología cualquiera, es pecado cuando no se hace con sabiduría, porque las ideologías pueden ser mejores o peores, pero siempre tienen un dejo de mentira.

Lo mismo ocurre con algunos deportes, como el fútbol. No tiene nada de malo tener alguna preferencia futbolística, pero el fanatismo claramente es pecado. Primeramente porque los fanáticos creen mentiras, defienden opiniones radicales sin fundamento verdadero, carecen de objetividad y no analizan las cosas con sabiduría. Los fanáticos se vuelven necios, burlones, pleiteros, orgullosos y malos perdedores.

Cuando veo en algunos perfiles continuos posteos cargados de ironía o saña contra otros equipos, no me parece nada cristiano. No me refiero a un comentario puntual o a la

alegría por alguna victoria, sino a la burla hostil contra otros equipos, sin considerar que a quienes se pretende molestar son personas a quienes deberíamos predicarles el evangelio.

Lo mismo ocurre cuando los cristianos publican cuestiones personales, mostrando aspectos íntimos, seduciendo sexualmente en el caso de las mujeres, o pavoneándose del éxito en el caso de los varones. Es lamentable que actitudes vanidosas se repitan una y otra vez en los perfiles cristianos.

Respecto de las iglesias, me parece excelente que elaboren un perfil y una identidad ministerial. Utilizar el logo, el nombre y publicar actividades, ministraciones y eventos está muy bien. Pero, por sobre todo, lo importante es mostrar nuestra identidad en Cristo. Está bien que pertenezcamos a un ministerio determinado y que amemos ese lugar, pero no debemos generar orgullosa competencia con otros ministerios, porque no estamos para competir entre nosotros, sino para anunciar el evangelio del Reino de Dios.

Por otra parte, podemos cuidar los detalles que mostramos en las redes y planear ciertos posteos, pero no debemos preocuparnos más por lo que dirán los demás que por la verdad que vivimos puertas adentro. Una vida espiritual que solo se manifiesta en línea, pero no en lo íntimo, es una vida fragmentada. La tentación de aparentar una fe fuerte, una piedad falsa o una madurez ficticia está siempre presente. Jesús advirtió contra ese espíritu de apariencia, o bien diría: de hipocresía:

***“Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí.”***

Mateo 15:8

Algunos cristianos aparentan con orgullo y otros se sienten menos al ver ciertos logros en los demás. Yo diría que ambos extremos son malos. No deberíamos aparentar más de lo que somos, y al observar vidas cuidadosamente editadas en redes, no deberíamos caer en la trampa de sentirnos menos espirituales o exitosos que otros. Estas comparaciones pueden dañar la autoestima espiritual, generar orgullo o sembrar insatisfacción. La Palabra nos recuerda:

***“Cada uno examine su propia obra...  
Porque cada uno llevará su propia carga.”***

Gálatas 6:4 y 5

En lugar de predicar el evangelio o poner mensajes positivos de fe y esperanza, muchos se distraen con polémicas sociales, entretenimientos vacíos o la búsqueda de falsa aprobación. En vez de ser embajadores de Cristo, se convierten en consumidores pasivos de lo que otros ofrecen. La revolución digital puede volvernos espectadores, si olvidamos que hemos sido enviados a hacer discípulos.

Según estadísticas globales, una persona promedio pasa 6 horas y 38 minutos al día conectada a internet. Esto incluye el uso de redes sociales, navegación web, videos y otras actividades online, lo cual me parece una barbaridad.

Por ejemplo, en Brasil, los internautas destinan más de nueve horas diarias a navegar por la web, incluidas las redes sociales, mientras que en Colombia, Argentina y México, el promedio supera las ocho horas, aproximadamente un tercio del día. En contraste con esto, España se sitúa casi una hora por debajo de la media global, con cinco horas y 42 minutos. Japón ocupa el último lugar del estudio, con un promedio de tres horas y 56 minutos en línea al día.

Estos datos reflejan cómo los medios digitales, móviles y sociales se han vuelto una parte indispensable de la vida cotidiana en todo el mundo, tanto en el trabajo como en el ocio. Según el promedio global, dedicamos más de una cuarta parte de nuestro día a navegar por la red, y se estima que aproximadamente seis de cada diez personas ya están conectadas a internet. Resulta lamentable que algunos cristianos digan luego no tener tiempo para Dios.

Al hablar con muchos hermanos sobre el valor de tener una comunión profunda y dedicada con Dios, recibo en la gran mayoría de los casos la excusa del tiempo. Me dicen: “Cómo me gustaría vivir tiempo completo para Dios como usted. Si tuviera tiempo, podría pasar más con Dios y sería más efectivo en todo, pero lamentablemente no puedo”.

No quiero juzgar a nadie, pero, según lo que muestran estadísticas como estas, no es que no tengamos tiempo, sino que, en la mayoría de los casos, lo administramos mal. Pasar tiempo en la presencia del Señor debería ser nuestra prioridad. Hay demasiados hermanos perdidos en las

pantallas de su móvil y luego dicen no tener tiempo para Dios.

***“Recibiréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos...”***

Hechos 1:8

Nuestro testimonio en Cristo no debe encontrar fronteras físicas, ya que en este siglo XXI gran parte de nuestra interacción con las personas ocurre en espacios digitales: publicaciones, transmisiones, comentarios, blogs, videos, mensajes y contenidos que alcanzan a miles sin necesidad de viajar.

Nuestra autoridad espiritual y el poder del Reino no se manifiestan solo cuando estamos presentes físicamente, sino cuando aprendemos a comunicar la verdad que portamos. La distancia o los medios no necesariamente limitan nuestro potencial. Personalmente, he enviado durante décadas mensajes de audio a diferentes radios del país y otras naciones. Los testimonios que he recibido a través de esas emisiones son extraordinarios.

La publicación de esos audios en redes sociales, así como de videos en YouTube y la publicación gratuita de todos mis libros, han sido de inimaginable bendición y, seguramente, lo seguirá siendo más allá de mi propia vida. Los testimonios de hermanos que viven en naciones que ni siquiera he visitado personalmente son conmovedores.

En una ocasión, fui a predicar a una ciudad del sur de Argentina, y al llegar al auditorio donde debía dar la conferencia, un hermano se acercó llorando y muy conmovido me abrazó fuertemente. Me contó que estaba en su casa, con una soga amarrada al techo, con la intención de suicidarse. En ese momento, la radio que estaba de fondo comenzó a transmitir una predicación mía, en la cual vivió una experiencia extraordinaria y sobrenatural, que lo llevó a desistir de su idea y entregar su vida al Señor.

En otra ocasión, una hermana se acercó a saludarme al final de una reunión, y al presentarme a su familia, me contó un testimonio que me sorprendió profundamente. Ella dijo que todos en su familia practicaban “umbandismo”, una religión de origen brasileño que combina elementos del espiritismo, tradiciones afrobrasileñas como el candomblé, y el catolicismo romano con toda su idolatría. Además, ella practicaba diferentes magias, y junto a sus familiares y compañeros de fe, me odiaban fervientemente.

Me contó que se propusieron interferir mis mensajes y maldecirme para que ya no saliera al aire. Sin embargo, al ponerse a invocar maldiciones frente a la radio, ella se descompuso cuando comencé a predicar. Pidió ayuda a su esposo y juntos, intentaron maldecirme, pero ambos se descompusieron, al igual que sus hijos, y comenzaron a vomitar en la casa. Fueron liberados y desde entonces se han bautizado y están congregándose en una iglesia cristiana.

He recibido incontables testimonios de conversiones maravillosas a través de estos materiales. Muchas iglesias trabajan con mis libros y siempre me agradecen desde naciones donde no tienen acceso a materiales cristianos debido a controles y presiones gubernamentales. Incluso me agradecen muchos hermanos que no cuentan con recursos financieros para comprar materiales, y encontrar los libros gratis en la web es una gran bendición para ellos.

Siempre que publiquemos algo respecto al Reino de Dios, una palabra de fe, un mensaje de esperanza o incluso música cristiana, podemos ser de bendición para muchas personas. Es curioso que quienes no se sienten capaces de crear contenido, no compartan lo que otros publicamos, no para beneficiarnos a nosotros, sino para bendecir a todos sus contactos.

Cuando las redes sociales detectan que las publicaciones contienen publicidad de eventos, videos personales o libros, comienzan a limitar su alcance, pero la ayuda de otros hermanos que las compartan en sus páginas o perfiles es una verdadera bendición. Incomprensiblemente, muchos ni siquiera lo consideran, aunque sea de vez en cuando.

En una ocasión, me puse a observar cómo algunos hermanos publicaban en sus redes cosas como lo que estaban desayunando o almorzando, mostraban a su mascota o un nuevo corte de pelo, y recibían muchos “me gusta” de otros hermanos. Sin embargo, cuando yo compartía un nuevo libro

para descargar gratuitamente, tenía mucho menos alcance y pocas reacciones. Sé bien que las redes limitan la visibilidad de las publicaciones cuando estas son publicidades, y solo muestran algunas a ciertos usuarios, pero me he preguntado más de una vez: ¿por qué tantos hermanos no replican el regalo de un libro o un video con un mensaje de predicación?

Me pregunto: ¿qué motiva realmente a publicar un nuevo corte de pelo, la gracia de una mascota o la taza de café con el desayuno, antes que un mensaje del evangelio? Nunca he hecho un reclamo por esto, y esta es la primera vez que lo menciono públicamente, porque creo que esa actitud debe nacer espontáneamente del corazón de mis hermanos. Además, no busco ningún beneficio personal, sino reflexionar juntos sobre cuáles son realmente nuestros intereses y prioridades en la vida.

El Reino de Dios puede manifestarse no solo en encuentros personales, sino también a través de lo digital. Lo importante es compartir la Palabra, ya sea nuestra o la de algún otro ministro fiel. Compartir lo más valioso que tenemos: la vida de Cristo y la verdad de Su Reino.

Si expresamos claramente nuestra identidad en Cristo, con respeto y amor, y decimos siempre la verdad; si mostramos coherencia entre lo que publicamos y lo que vivimos; si usamos la tecnología con un propósito misional y no como simple entretenimiento sin rumbo; si las redes sociales se convierten en nuestros púlpitos móviles, donde podamos predicar mensajes edificantes y dar un testimonio

de vida claro y sincero, entonces seremos una gran bendición para muchísimas personas.

La verdad es que no imaginamos a cuánta gente podemos alcanzar y bendecir a través de los medios digitales. Para no perdernos en medio de la corriente digital, debemos abrazar principios bíblicos que fortalezcan nuestra identidad. Cada vez que vayamos a publicar o a reaccionar ante alguna publicación, debemos preguntarnos: ¿Esto glorifica a Cristo? ¿Esto refleja el carácter del Reino?

Debemos ser guiados por el Espíritu Santo y por la verdad de Dios, no por los algoritmos. La popularidad digital no es sinónimo de aprobación divina. Recordemos siempre que representamos a nuestro Padre celestial. No somos simples consumidores de contenido, sino embajadores del cielo en la tierra (**2 Corintios 5:20**).

Para vivir esta identidad, no necesitamos impresionar a nadie. Dios nos ama tal como somos, y el mundo necesita ver una fe real, no una versión artificial. Prioricemos la comunión con Dios antes que la proyección en redes. Lo más importante no es lo que otros ven en nuestro perfil, sino lo que Dios ve en nuestro corazón.

La revolución digital no es una amenaza para la Iglesia si estamos firmemente establecidos en nuestra identidad en el Reino. Por el contrario, es una oportunidad gloriosa para extender el mensaje de salvación a lugares donde nunca antes han llegado.

Pero para lograrlo, necesitamos levantar una generación de creyentes y líderes firmes en su identidad en Cristo, que no se vendan por un “me gusta” o un comentario positivo, que no se desanimen por la indiferencia y que no negocien la verdad a cambio de popularidad.

La Iglesia digital no puede ser superficial. Debe ser profunda, auténtica y apasionada por el Reino. Nuestra generación necesita ver cristianos que no se esconden detrás de pantallas, sino que reflejan la luz del Rey en cada publicación, conversación y plataforma que pisan.

***“Pues si anuncio el evangelio, no tengo por qué gloriarme; porque me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí si no anunciare el evangelio! Por lo cual, si lo hago de buena voluntad, recompensa tendré; pero si de mala voluntad, la comisión me ha sido encomendada. ¿Cuál, pues, es mi galardón? Que predicando el evangelio, presente gratuitamente el evangelio de Cristo...”***

1 Corintios 9:16 al 18



## Capítulo cuatro

# **LA REVOLUCIÓN ABRIÓ LAS PUERTAS DE LA IGLESIA**

*“Porque no hay nada encubierto que no haya de ser manifestado; ni oculto, que no haya de saberse.”*

Lucas 12:2

Años antes de que la era digital irrumpiera en nuestras vidas y en el desarrollo de la Iglesia, cada congregación trabajaba libremente puertas adentro, sin ningún tipo de interpelación externa. Los pastores, bien o mal, predicaban sin exigencia alguna más que la de su propia institución. La gente no escuchaba a otros predicadores porque no había medios de comunicación cristianos, y además, porque normalmente se enseñaba que andar visitando otras congregaciones era algo malo.

Cambiarse de congregación era terriblemente cuestionado, así que algunos hermanos nacían y permanecían en un mismo lugar durante muchos años. Ellos eran formados por su pastor y líderes, sin que pudieran escuchar en ningún momento una enseñanza diferente.

Si el pastor realizaba algún evento o invitaba a otro predicador, era de su misma denominación, o incluso, alguien que había estudiado en el mismo instituto teológico; por lo tanto, la gente no escuchaba nada diferente, sino más bien una confirmación de todo lo aprendido.

Algunas congregaciones se manejaron durante muchos años con gran mediocridad, errores doctrinales, legalismo o incluso con métodos de liderazgo muy extremos, llegando a utilizar manipulación, intimidación y amenazas. Claro, nadie podía cuestionar tales cosas porque tampoco había otra referencia. Pero la llegada de la era digital abrió las puertas de las congregaciones y todo comenzó a cambiar, porque comenzó a salir a la luz lo bueno y lo malo.

La revolución digital se expandió como fuego sobre la hierba seca y la Iglesia no pudo evitar su penetración. Aunque muchos pastores intentaron cerrar las puertas, no pudieron evitar que los miembros de sus congregaciones observaran otros lugares, escucharan a otros predicadores y comenzaran a comparar todo, a la vez que fueron perdiendo el miedo de cuestionar algunas cosas.

Las transmisiones en vivo, las redes sociales, los sermones en línea y los devocionales digitales han abierto las puertas de nuestras congregaciones de una manera sin precedentes, y personalmente me parece genial, porque fue como causar una incómoda e involuntaria desnudez. Esto ha sido algo vergonzoso, pero nos obligó a comenzar a vestirnos con los ropajes correctos.

No puede haber cambios efectivos sin presiones, conflictos o incomodidades, pero si ante las correcciones que el Espíritu Santo pretendió anteriormente, se bloqueó con necesidad y dureza de corazón, haber sido expuestos de esa manera es lo mejor que pudo habernos pasado. Muchos pastores se sentían seguros con sus doctrinas porque nadie podía cuestionarlos o contradecirlos, pero eso se terminó, y quienes se negaron a ser sensibles a la voz del Espíritu se vieron acorralados con las presiones de un cambio inevitable.

Es cierto que algunos, incluso hasta nuestros días, están atrincherados demonizando la era digital, de manera que nadie escuche ni vea nada que no sea de la casa ministerial. El problema es que la gente convive con los medios las 24 horas y las prohibiciones solo generan reacciones contrarias. Por supuesto que ante el temor, muchos hermanos no admiten la verdad, pero en el secreto están escuchando a otros predicadores y cuestionando muchas de las enseñanzas que su pastor sostiene.

Lo que sucedía en un culto dominical era un asunto esencialmente local. Hoy en día, con solo un teléfono celular y conexión a internet, un servicio puede ser visto por miles de personas en distintos países. Esto ha permitido una expansión impresionante del mensaje del Evangelio, pero también ha expuesto, como nunca antes, la vida interna de la Iglesia.

Insisto, lo bueno y lo malo ha quedado a la vista y eso es algo que necesariamente debemos resolver, porque todavía

no hemos encontrado el equilibrio. Las virtudes del ministerio fiel se multiplican y bendicen, pero también las debilidades, errores doctrinales, inmadurez y prácticas cuestionables quedan registradas y disponibles para todos. La exposición pública ya no es opcional; es parte del nuevo escenario ministerial, y si bien enseño que no debemos generarlas nosotros mismos, la exposición ya es un hecho inevitable.

El problema es que muchos hermanos no tienen filtro, o mejor dicho, no apelan a Él. Me refiero al Espíritu Santo, y en lugar de escuchar con temor y mucho cuidado, se meten en todos lados, escuchan todo, buscan temas escatológicos, son atrapados por doctrinas erróneas, se fanatizan con algunos predicadores, de manera que dicen: “amén” a todas sus enseñanzas, pierden su identidad y muchos han dejado de congregarse, pensando que la ministración digital es más que suficiente.

Es justo reconocer que esta apertura digital ha sido, en la mayoría de los casos, una poderosa herramienta en las manos del Señor. Llegamos a comprender que, a través de los medios digitales, hubo un rompimiento de mucho legalismo y religiosidad. Además, las personas enfermas o imposibilitadas para asistir a la iglesia pudieron comenzar a participar de las reuniones para ser edificadas.

Hermanos que emigraban o vivían en lugares sin congregaciones pudieron recibir su alimento espiritual. Iglesias pequeñas, que pocos conocían, han podido tener un

alcance inesperado y ser de bendición, incluso en otros países. El Evangelio ha llegado a hogares que antes estaban cerrados y personas que jamás habían visitado una iglesia evangélica pudieron conocer cómo son nuestras reuniones.

Muchos testimonios dan fe de cómo Dios ha usado un mensaje compartido en redes para traer consuelo, salvación y dirección a personas que jamás hubieran cruzado las puertas de un templo. Las herramientas digitales no son enemigas del Reino; al contrario, bien utilizadas, pueden ser vehículos de la gracia de Dios. Solo debemos tener cuidado, porque junto con lo bueno, también hay mucho engaño, mucha mentira y mucha maldad.

Tenemos que manejarnos con gran discernimiento espiritual, porque la apertura de las puertas da acceso a los hermanos a todo lugar, y eso es tan bueno como malo. No solo me refiero a reuniones de culto, sino a las enseñanzas que se están dando en línea, sea de manera escrita, en audios o en videos. Muchos falsos maestros o irresponsables enseñan livianamente terribles errores doctrinales.

Esta ilimitada visibilidad sin duda ha traído consecuencias difíciles, pero estamos como Alejandro Magno en las costas de Fenicia: se han quemado las naves y hay un solo camino de regreso; no queda otra opción que pelear. Prohibirle a la gente que no escuche o no mire no es una opción. Enseñar lo correcto y advertir que tengan cuidado, que dependan del Espíritu Santo en todo tiempo, sí es una opción válida.

El acceso masivo a las transmisiones ha revelado aspectos preocupantes en algunas expresiones del cristianismo contemporáneo: predicaciones sin profundidad bíblica, centradas en el ego del hombre y no en la gloria de Cristo; cultos desordenados o irreverentes, que buscan entretener más que edificar; enfoques manipuladores de las ofrendas o el uso de promesas fuera de contexto para obtener beneficios; liderazgos carismáticos pero sin fruto del Espíritu. Cosas como estas están causando mucho daño.

Estamos en pleno terremoto, pero debemos conservar la calma. La Iglesia está bajo el gobierno de Dios. Durante estos más de dos mil años de historia, la Iglesia ha pasado por terribles procesos sociales, y aun así, ha prevalecido. Es verdad que ha sufrido dolorosas heridas, como durante el Oscurantismo de la Edad Media, pero no han sido heridas de muerte, porque al final ha prevalecido su esencia divina.

Podemos decir que cada familia vive en su casa como desea, porque está en pleno derecho de hacerlo, pero si de pronto se pusieran cámaras en cada ambiente de cada casa y se filmara las 24 horas para transmitir todo en directo al mundo entero, es indudable que obligaría a muchos a generar cambios de formas, de conductas y de costumbres.

Esto es lo que ha pasado con las diferentes congregaciones. Lo que antes ocurría “a puertas cerradas” ahora puede ser visto, analizado, comentado y compartido con un solo clic. Y esto debe ser un llamado de atención para todos los que ministramos el Evangelio. Ya no podemos vivir

en la comodidad del secreto de las cuatro paredes. La revolución digital está trayendo a luz nuestras motivaciones, nuestras prácticas y nuestras convicciones, y debemos tener en claro que Dios lo está permitiendo.

Además, el descubrimiento de los hermanos de muchos ministerios diferentes, ha cambiado el concepto que tenían de su propio pastor, o de los líderes de su congregación. Antes no se cuestionaba nada, porque nada se conocía, pero ahora la riqueza de muchos ministerios está poniendo presión a quienes estaban muy cómodos con su mediocridad, y se están viendo en la obligación de implementar cambios.

Antes, los miembros de una congregación recibían enseñanzas de una sola fuente, pero ahora se han encontrado con un mar lleno de riquezas y, para colmo de males, muchas de esas riquezas son muy diferentes a lo que venían recibiendo. Hoy, gracias a la multiplicación de contenido digital, los creyentes pueden escuchar a docenas de predicadores, leer distintos enfoques teológicos y seguir a ministerios de todo el mundo, y reitero, esto me parece genial, pero a la vez digno de sumo cuidado.

Esta variedad de fuentes puede enriquecer la vida espiritual de los creyentes, pero también puede generar confusión, fragmentación o una falsa percepción del ministerio pastoral. Algunos creyentes comienzan a comparar constantemente a su pastor con otros líderes que ven en internet, olvidando el contexto local, la relación

pastoral cercana y el llamado único que Dios ha dado a cada ministro.

Para los pastores, este nuevo escenario representa un llamado urgente a la excelencia, no para competir con otros ministerios, sino para ser fieles a Dios en medio de una generación saturada de información pero sedienta de la verdad. El apóstol Pablo le dijo a Timoteo: ***“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Timoteo 2:15)***. En la revolución digital, este mandato se vuelve más actual que nunca.

La revolución digital ha expuesto a la Iglesia, y en esa exposición, Dios nos está llamando a una reforma. No una reforma tecnológica, sino una reforma espiritual. No se trata solo de mejorar la calidad de nuestras transmisiones o el diseño gráfico de nuestras redes sociales, sino de volver a los fundamentos: la Palabra, la oración, la santidad y el amor.

En mi libro titulado “Poder de Reforma” enseñé sobre la necesidad de asumir una reforma actual dentro de la Iglesia. Digo que la Gran Reforma del siglo XV fue extraordinaria y necesaria para romper con perversas estructuras, pero los reformadores de esa época no vieron todo ni cambiaron todo, y si hay cosas que cambiar de cara a los tiempos finales, no debemos tener temor.

Cuando enseñé sobre la reforma, lo que sugiero es sumergirnos en la esencia primaria de la Palabra. Es

redescubrir los fundamentos que no se han respetado y edificar sobre ellos. La Iglesia no necesita reformas para ser novedosa o mejor para estos días, sino que necesita reformas para volver al diseño original determinado por el Padre. Por lo tanto, si hay estructuras humanas o diseños que Dios nunca estableció, deben ser derribados, así como debe ser edificada toda obra que Dios ha ordenado y que no se está poniendo en práctica.

La palabra reforma, en griego, es “*Diórthosis*” y significa, nada más y nada menos, que “volver a la forma”. Con esto quiero dejar bien claro que jamás consideraría la posibilidad de poner nuevos fundamentos. Los apóstoles y profetas de hoy no están para poner fundamentos nuevos. La iglesia comenzó a edificarse bajo fundamentos apostólicos y proféticos (**Efesios 2:20**).

Un fundamento es un cimiento, y ese ya ha sido establecido en el primer siglo. Hoy no se trata de poner nuevos fundamentos, sino de buscar los verdaderos fundamentos y respetarlos, porque algunos se han ignorado y otros se hicieron por medio de desviaciones doctrinales que no estaban en el plano original. Por tal motivo considero que la revolución digital de este tiempo está exponiendo la necesidad de implementar cambios.

La reforma que propongo no es como la reforma de una casa, en la cual se agregan cosas nuevas para que simplemente sea una casa mejor. No es agregar nuevas dependencias o derribar algunas paredes que no nos gustan.

La reforma que considero es la de evaluar la edificación actual y buscar el plano original. Verificar lo que figura en el plano y respetarlo de manera absoluta, porque el arquitecto es el Señor, y seguramente no tenemos nada que agregar ni que quitar a Su diseño.

¿Por qué considero la necesidad de una reforma en este tiempo? Porque ante la apertura de las puertas causada por la revolución digital, encontramos claras evidencias de que entre nosotros hay incontables diferencias. Debemos reconocer que, en estos más de dos mil años, la iglesia ha pasado por tremendos procesos internos y externos. Eso ha generado que hoy tengamos muchas diferencias entre ministros o instituciones: diferencias teológicas, doctrinales y litúrgicas. Pero seamos sinceros, Dios es uno solo y Su voluntad también; alguien le está errando, porque no todos podemos tener razón.

Creo que debemos volver al plano original, escudriñando las Escrituras con toda humildad. El peor enemigo de un cambio que Dios mismo quiere producir es la soberbia humana. Hoy muchos creen estar defendiendo a Dios y Su Palabra, pero actúan con soberbia y descalifican, atacan, critican y condenan, en lugar de abrir una mesa de diálogo para debatir en plena comunión espiritual cuál es la voluntad de Dios, agradable y perfecta para estos tiempos (**Romanos 12:2**).

Hoy veo a algunos ministros que se consideran de la iglesia tradicional y atacan todo cambio de paradigma.

Descalifican y condenan a todo aquel que puede ver algo diferente. Dicen defender la Palabra, pero el problema no es la Biblia, sino la forma en que ellos creen que debe interpretarse. De la misma forma, veo a muchos imprudentes enseñando lo que se les ocurre, sin temor ni cuidado, como si no tomaran conciencia del alcance de los medios y del daño que pueden producir.

Yo no propongo hacer una reforma para cambiar la Biblia. Jamás diría que Dios ahora puede decirnos algo que contradiga la Escritura; eso sería una verdadera apostasía. Lo que digo es que hemos cultivado muchas interpretaciones diferentes del Pacto en que vivimos, y la apertura de las puertas lo ha evidenciado. Eso es bueno porque permite un sano intercambio, y es malo si pastores y líderes nos negamos a debatir sanamente dichas diferencias.

Creo que esta revolución digital que estamos viviendo nos demanda reformar nuestra predicación y nuestras enseñanzas, pasando de mensajes superficiales a enseñanzas bíblicas sólidas y transformadoras. Despojándonos del legalismo religioso, pero abrazando la legalidad del Reino. Debemos redefinir el Nuevo Pacto y enseñar las Escrituras desde nuestra posición en Cristo.

Creo que también debemos reformar nuestra adoración, dejando de buscar la emoción por la emoción, para centrarnos en exaltar a Cristo en espíritu y en verdad. Es bueno que las transmisiones online difundan nuestros tiempos de adoración, porque son ciertamente muy buenos,

pero cuidado: los músicos no deben caer en la idea de que ahora son artistas observados y admirados por multitudes.

Creo que debemos reformar el liderazgo espiritual, abandonando todo estilo empresarial o autoritario, para pastorear como siervos, con humildad y entrega, cuidando también de no caer en la idea de que la popularidad nos convierte en oradores estrellas exitosos porque nos mira mucha gente. Debemos tener cuidado con esto, porque algunos ya se están moviendo como estrellas de Hollywood.

Creo que también debemos reformar nuestra visión de la Iglesia, recordando que no somos una institución que busca seguidores, sino un cuerpo que glorifica a Cristo y que prepara a los santos para la obra del ministerio. La visibilidad digital no debe llevarnos a disfrazar la realidad, sino a buscar ser auténticos, santos y útiles en las manos del Señor. La Iglesia no puede esconderse detrás de pantallas; debe reflejar a Cristo en todo lo que hace, tanto de manera presencial como virtual.

La revolución digital abrió las puertas de la Iglesia. Nos guste o no, estamos siendo observados. Pero esto no debe producir temor, sino convicción. Dios está usando este tiempo para limpiar, alinear y purificar a Su pueblo. No podemos cerrar las puertas que el Señor ha permitido que se abran. Digo “el Señor” porque algunos han señalado al diablo como responsable de esta apertura, pero les recuerdo que nada puede acontecer a la Iglesia si Dios no lo permite. Esta

revolución está siendo permitida por Dios, por eso dije al principio que no debemos perder esta gran oportunidad.

Durante muchos años hemos querido evangelizar y traer gente a nuestras reuniones. Ahora todo el mundo puede mirar nuestras transmisiones, publicaciones y cultos en línea. Por eso debemos tener cuidado y preguntarnos para no fallar: ¿Estarán viendo algo indeseable, un simple espectáculo, o estarán viendo la manifestación del cuerpo de Cristo? Cuando las personas exploran los distintos canales cristianos, ¿encuentran un mensaje genuino, santo y fiel a la Escritura, o simples motivaciones para el alma?

El reto está sobre nosotros. Y con él, una gran oportunidad de ser una Iglesia expuesta y aprobada. Una Iglesia con la esencia divina, capaz de traspasar toda pantalla. Una Iglesia sin máscaras, sin dobleces, sin espectáculos, pero llena del Espíritu, de verdad y de esperanza. Es cierto que no podemos deshacernos de lo malo que también circula, pero debemos tener paz; de eso se ocupará el Señor.

Que la apertura digital no nos lleve a una distracción, sino a una transformación. Que las puertas abiertas de la Iglesia en esta generación muestren al mundo la gloria de Aquel que vive en medio de Su pueblo.

***“Manteniendo la conciencia limpia, para que los que hablan mal de la buena conducta de ustedes en Cristo se avergüencen de sus calumnias.”***

1 Pedro 3:16

## Capítulo cinco

# LA BUENA UTILIZACIÓN DE LOS MEDIOS DIGITALES

*Así nos lo ha mandado el Señor: “Te he puesto por luz para las naciones, a fin de que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra“.*

Hechos 13:47

Como hemos analizado, la revolución digital ha transformado la forma de vivir de toda la sociedad. Trabajar, relacionarnos e incluso ejercer la fe no ha sido lo mismo después de estos vertiginosos cambios. Los nativos digitales no se han dado cuenta, porque para ellos lo que vivimos es normal, pero para quienes tenemos más de cincuenta años, todo ha sido muy impactante, pues nacimos en un mundo totalmente diferente.

En esta sociedad de consumo, la tecnología es la favorita de todos. Nos ha inundado con móviles, tablets, laptops, relojes digitales, televisores que son computadoras y cámaras de filmación por todos lados. Los automóviles y las casas están llenos de tecnología. Además, el comercio y todos los servicios se han digitalizado. Las redes sociales, las

plataformas de video, los sitios web y las aplicaciones móviles se han convertido en espacios donde millones de personas pasan gran parte de su día, y los cristianos no somos excepción.

Hoy nadie anda sin su móvil, ni siquiera los más pequeños de la casa, y si alguien sufre un problema de rotura o pérdida, sale inmediatamente a comprar uno nuevo, aunque eso implique adquirir una deuda. Es como si nadie pudiera prescindir de este servicio, o como si fuera una extensión propia de nuestro ser.

Esta dependencia hace que estemos observando la pantalla a cada rato, lo que implica una gran inversión de tiempo. El apóstol Pablo, en **Efesios 5:16**, nos llama a aprovechar bien el tiempo, porque los días son malos. Si queremos ser buenos administradores, debemos tener cuidado, porque hay muchas tentaciones digitales con contenidos sin provecho, que roban horas valiosas que podríamos dedicar al Señor, a la familia o al trabajo.

Todos, en algún momento, observamos la pantalla del ordenador o del dispositivo móvil para consultar algo, y terminamos inmersos en largos minutos de recorridos innecesarios. Simplemente solemos engancharnos en la lectura de un artículo, sin saber cómo llegamos a otro, y así entramos en un bucle infinito, con un montón de pestañas abiertas. O pasamos de responder un mensaje de WhatsApp a ver alguna publicación interesante, que nos lleva a un video de YouTube, y ya que estamos, echamos un vistazo a

Facebook o revisamos el correo electrónico. Al volver de esa extraña fascinación, nos preguntamos en qué momento nos alejamos de nuestra intención primaria.

Lo más importante es establecer normas diarias de comportamiento y tener claro para qué encendemos la pantalla, qué buscamos y para qué vamos a utilizar los medios. La interacción con internet, especialmente redes sociales y aplicaciones, puede desencadenar la liberación de dopamina en el cerebro, un neurotransmisor asociado con el placer y la recompensa. Este golpe de dopamina ocurre cuando recibimos notificaciones, “me gusta”, mensajes o al encontrar contenido que nos parece interesante.

Los hijos de Dios debemos ser buenos administradores de nuestro tiempo (**Salmo 90:12**). La multitud de cosas que nos empujan en diferentes direcciones hace que nuestro tiempo se vea fácilmente devorado en asuntos vanos y de poca importancia. Por lo tanto, las actividades que tienen valor eterno a menudo se dejan de lado, y tal actitud siempre genera pérdidas en nuestro potencial. Por eso, para evitar el desenfoque, debemos establecer prioridades y fijar objetivos.

Esta revolución digital plantea una pregunta crucial para la Iglesia: ¿cómo debemos comportarnos los cristianos en un mundo digital tan radical? La ética y la buena utilización de los medios digitales son temas que debemos tratar y resolver de manera urgente. Dos aspectos fundamentales merecen un análisis cuidadoso: lo que consumimos de terceros y lo que publicamos nosotros.

Los cristianos no dejamos de serlo cuando encendemos una pantalla o nos conectamos a internet. Nuestra fe, valores y testimonio deben permanecer íntegros también en el entorno digital. Ser sal y luz en este tiempo implica actuar con responsabilidad, sabiduría y santidad, incluso cuando nadie parece estar mirándonos.

Por supuesto, la Palabra de Dios no menciona internet ni redes sociales, pero sí establece principios eternos que aplican perfectamente al uso de cualquier medio. Por ejemplo, en **Colosenses 3:17** se nos exhorta: *“Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús...”*. Este “todo” incluye nuestras publicaciones, comentarios, mensajes y hasta lo que consumimos en internet.

**Proverbios 4:23** nos recuerda que, sobre toda cosa guardada, lo más importante es guardar nuestro corazón. En un entorno lleno de imágenes, mensajes y estímulos, los hijos de Dios necesitamos obrar con discernimiento espiritual para proteger nuestra mente y espíritu, así como con sabiduría para saber qué, cuándo y cómo publicar algo.

Respecto a esto, **Colosenses 4:6** nos invita a que nuestras palabras sean siempre con gracia, sazonadas con sal, para que sepamos responder a cada uno. Este principio es vital en la interacción digital. No debemos olvidar que detrás de cada pantalla hay personas reales, con emociones y necesidades.

La ética cristiana digital no es otra cosa que vivir como verdaderos discípulos de Cristo en toda interacción que tengamos en internet. Es esencial actuar con transparencia, sin utilizar falsos perfiles, datos o manipulación de imágenes para aparentar lo que no somos. La sinceridad debe ser parte natural de nuestro carácter como cristianos.

En cuanto a la privacidad, no debemos compartir imágenes, audios o mensajes ofensivos contra nadie; la exposición y las críticas hacia terceros no deben ser públicas. Podemos estar de acuerdo con el mal manejo de algún político, la mala actuación de algún deportista o una conducta indebida de alguna persona, pero utilizar las redes para criticar, escrachar o desestimar a alguien no es algo que los cristianos debamos hacer.

No digo que no podamos tener opiniones formadas, sino que no es necesario usar una red social, que todos pueden ver, para expresar una opinión descalificadora sobre alguien. Eso es algo que debemos reservar para un ámbito personal, o tal vez, para un entorno íntimo, pero no para una red pública. Participar en discusiones hirientes, burlas o publicaciones que ridiculizan a otros es contrario al amor de Cristo. No debemos olvidar que nuestras palabras tienen poder para herir o para sanar.

Como cristianos, también debemos abstenernos de difundir rumores, noticias falsas o información sin comprobar. El mandamiento de *“no dar falso testimonio”* aplica también al mundo digital. Hoy en día, cualquiera

replica lo que se le ocurre, causando mucho daño sin medir las consecuencias; nosotros no debemos actuar así.

En nuestras publicaciones, comentarios o debates, debemos mostrar el fruto del Espíritu. Aunque no compartamos ciertas opiniones, jamás debemos atacar o denigrar al otro. El amor, la paz y la tolerancia pueden expresarse claramente a través de nuestras palabras; debemos ser cuidadosos. Hay hermosos pensamientos de fe, esperanza y aliento que podemos compartir para edificar a quienes nos leen, y no deberíamos desaprovechar esta oportunidad.

Antes de compartir algo, deberíamos preguntarnos: ¿Esto glorifica a Dios? ¿Edifica a otros? ¿Es bueno, justo y puro? (**Filipenses 4:8**). Nuestra voz en internet debe ser una fuente de bendición. En mi experiencia personal, siempre recibo testimonios maravillosos por los materiales que predico, y conozco hermanos que, sin ser predicadores o maestros, comparten reflexiones o devocionales y también han recibido testimonios increíbles.

Las redes sociales también pueden convertirse en plataformas de vanagloria personal, donde se busca aprobación, “likes” y más seguidores personales que gloria para Dios. Esta actitud nos aleja del propósito del Evangelio. Personalmente, y como mencioné anteriormente, me resulta desagradable ver a hermanos y ministros publicando fotos personales mostrando lujos o placeres. No digo que no puedan disfrutarlos, sino que no es necesario publicarlos.

Por otra parte, todo lo que comentamos o publicamos debe estar alineado con nuestro testimonio en la vida real; debemos tener coherencia entre lo público y lo privado, sin dos caras. Al final, siempre habrá gente que nos conoce personalmente, y no hay nada más triste que descubran que publicamos algo que no vivimos en la intimidad.

Reitero: las plataformas digitales son una puerta abierta para el Evangelio, pero debemos compartir la verdad con respeto, sin manipular emociones ni caer en sensacionalismos. Nuestras transmisiones deben reflejar claridad doctrinal y un enfoque centrado en Cristo, no en personalismos capaces de causar controversias.

He notado que algunas personas aprovechan las redes para generar opiniones y debates sobre asuntos doctrinales profundos, que deberían tratarse a nivel de liderazgo. Por muy interesantes que sean, no deberían exponerse abiertamente, pues no generan edificación sino desacuerdos evidentes que quedan expuestos en los comentarios.

Amados, debemos comprender que hay un tiempo y un lugar para cada cosa. Todos sabemos que la Iglesia protestante tiene diversas líneas denominacionales, y que, por lógica, tenemos desacuerdos en doctrinas periféricas. Pero no es en las redes públicas donde estas diferencias deben tratarse, porque muchas personas que no son cristianas observan, leen y concluyen que estamos absurdamente divididos.

Algunas diferencias nos han acompañado durante siglos. Pregunto: ¿Es necesario exponerlas ante el escrutinio de personas impías? Ciertamente no hemos logrado debatir internamente con sabiduría mansa algunos temas, pero esa debe seguir siendo nuestra búsqueda, no la exposición abierta que solo genera ironía y burla por parte de quienes opinan livianamente.

En definitiva, todo lo que publiquemos, ya sea personal o respecto al Evangelio, debe ser cuidadosamente seleccionado. “Nuestras publicaciones no son inocentes”, y considerando que los medios digitales pueden ser de gran bendición, y muy útiles para difundir la verdad eterna, debemos usarlos con mucha prudencia.

De la misma forma, todo lo que publique un ministerio debe ser ético y bien cuidado. Pueden transmitir reuniones, predicaciones y enseñanzas de discipulado para su gente. Pueden publicar mensajes evangelísticos y dar a conocer actividades, eventos y trabajos que estén realizando. Pero no deberían competir, criticar, descalificar o cuestionar a otros ministerios. La Iglesia debe producir y compartir materiales que respondan a las necesidades actuales, sin perder el enfoque en los objetivos divinos.

Respecto a lo que consumimos, también debemos tener mucho cuidado. La pornografía, los mensajes sensuales y otros contenidos impuros están a solo un clic de distancia. La pureza del corazón debe ser vigilada con celo, tanto en lo público como en lo privado. No solo es necesario evitar lo

evidentemente pecaminoso, sino también aquellas cosas vanas que solo consumen nuestro tiempo y nuestro potencial espiritual.

De hecho, creo que deberíamos enseñar o aconsejar a la congregación, especialmente a los más jóvenes, cómo usar internet con sabiduría y temor de Dios. La educación digital con valores bíblicos es una tarea urgente. Esto nos plantea otro desafío: los líderes deben capacitarse e interiorizarse en lo que está ocurriendo en torno a las redes.

La revolución digital no es un monstruo al que debemos temer, sino un campo que debemos gobernar, convirtiéndolo en un campo misionero y un nuevo entorno para vivir nuestra fe. Pero para aprovecharlo correctamente, debemos caminar con una ética sólida, basada en la Palabra de Dios. Que el Espíritu Santo nos guíe para ser luz en el mundo digital, y que todo lo que hagamos en este ámbito glorifique al Señor Jesucristo. En línea o fuera de línea, seguimos siendo sus testigos.

En una ocasión, le preguntaron al ya fallecido escritor italiano Umberto Eco cómo debería ser el hombre ideal del siglo XXI y, sorprendiendo a todos, respondió: “Creo que el hombre ideal del siglo XXI sería alguien como el apóstol Pablo”. Cuando le preguntaron los motivos, hizo hincapié en la forma en que Pablo supo moverse en la cultura de su tiempo: siendo judío, ciudadano romano, conociendo al menos cinco idiomas y entendiendo las diferentes culturas de

su época. Es decir, la capacidad de adaptarnos a la cultura presente contiene una gran virtud. Por eso Pablo escribió:

***“Por lo cual, siendo libre de todos, me he hecho siervo de todos para ganar a mayor número. Me he hecho a los judíos como judío, para ganar a los judíos; a los que están sujetos a la ley (aunque yo no esté sujeto a la ley) como sujeto a la ley, para ganar a los que están sujetos a la ley; a los que están sin ley, como si yo estuviera sin ley (No estando yo sin ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me he hecho débil a los débiles, para ganar a los débiles; a todos me he hecho de todo, para que de todos modos salve a algunos. Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él.”***

1 Corintios 9:19 al 23

Pablo decía que, aunque era libre, vivía adaptándose a su entorno para ayudar a creer en Cristo al mayor número posible de personas. Decía que al estar con los judíos vivía como ellos para ayudarles, y que si estaba con gente que vivía sin ley, él actuaba como uno de ellos para ayudarlos a creer en Cristo. Aclaraba que no pecaba igual que ellos, sino que procuraba evidenciar su sujeción a Cristo.

Cuando estaba con los que apenas comenzaban a ser cristianos, se comportaba como uno de ellos para poder ayudarlos. Es decir, Pablo se hacía semejante a su entorno para que al menos algunos pudieran salvarse. La palabra que repite continuamente es ***“para ganar”***. Esto no implicaba

que Pablo actuara hipócritamente, sino que procuraba ir a fondo con los maduros, actuar con delicadeza con los recién convertidos y buscar las formas de comunicación adecuadas para los perdidos, según la cultura y costumbres de cada uno. Al final, lo que hacía era procurar buenos resultados, utilizando la unción y la sabiduría recibida de Dios.

Pablo fue un ejemplo de ética en la comunicación del evangelio en su época. Aunque no usó redes sociales ni plataformas digitales, fue un gran comunicador que utilizó los medios disponibles para difundir el Evangelio: cartas escritas, discursos públicos, debates en sinagogas y foros filosóficos (**Hechos 17:22 al 34**). Su ejemplo nos enseña varios principios aplicables a nuestra era digital.

Pablo era muy cuidadoso con sus palabras. En cada carta procuraba escribir con claridad, respeto y doctrina sana. En **Colosenses 4:6** aconseja que nuestras palabras sean *“siempre con gracia, sazonadas con sal”*. Aun así, tenía la habilidad de evidenciar las demandas de Dios claramente, confrontando a todos, pero sin dejar de manifestar la gracia divina.

No usaba su autoridad para manipular. Aunque tenía peso apostólico, apelaba al amor, a la verdad y al discernimiento de los creyentes (**2 Corintios 5:11; Filemón 1:8 y 9**). En un tiempo donde es común ver manipulación emocional o doctrinal en las redes, el modelo de Pablo es un faro de ética y humildad.

Usaba todos los recursos disponibles para anunciar a Cristo. Aprovechó las rutas romanas, el correo antiguo, la hospitalidad de las casas, e incluso las cadenas de prisión para escribir cartas. Hoy tenemos aún más herramientas y debemos usarlas con excelencia y reverencia.

Su mensaje era Cristo, no él mismo. Pablo decía: ***“No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor” (2 Corintios 4:5)***. Este es un principio fundamental para el creyente que publica en medios digitales: el enfoque nunca debe ser nuestra imagen, sino la de Cristo.

Sinceramente creo que si el apóstol Pablo viviera hoy, utilizaría todos los medios de comunicación disponibles para predicar el evangelio del Reino, evangelizando a todos y enseñando claramente al pueblo de Dios. Estoy seguro que buscaría el seno de la Iglesia para exponer lo falso y advertir a los cristianos, y a la vez utilizaría las redes para predicar el evangelio del Nuevo Pacto.

Notemos que las cartas de Pablo, en las que exhortaba duramente respecto de temas doctrinales, fueron escritas a las iglesias, no para ser publicadas en medios de comunicación públicos. Estoy convencido que el mismo fervor con el que Pablo habló a los griegos o a los romanos, sería el que usaría hoy para exponer el evangelio del Reino.

No sé, son suposiciones, porque el mundo actual es muy diferente al que vivió Pablo, pero es un hecho que supo moverse en la cultura de su tiempo. Este es nuestro tiempo y

esta es la sociedad en la que vivimos. Debemos pedir a Dios sabiduría, adaptarnos a los cambios y utilizar los medios de manera sabia para edificar a los santos y para impartir el evangelio a los impíos.

***“Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es el poder de Dios para la salvación de todo el que cree, del judío primeramente y también del griego”***

Romanos 1:16



## Capítulo seis

# EL REINO Y LA REVOLUCIÓN DIGITAL

*“Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, y había en su cabeza muchas diademas; y tenía un nombre escrito que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: El Verbo de Dios. Y los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos. De su boca sale una espada aguda, para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro; y él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de los señores.”*

Apocalipsis 19:11 al 16

El Reino de Dios ha existido desde siempre, pero Jesucristo, a través de Su obra gloriosa, vino a establecerlo en la tierra mediante el Nuevo Hombre. Adán fracasó por el pecado, pero Jesucristo venció, poniendo a los hombres en

Él, de manera que ahora podamos vivir perfectamente bajo el gobierno de Dios.

Sin Su obra, solo hubo consciencia y voluntades expresadas en algunos hombres de fe, pero a partir de la muerte y resurrección de Jesucristo, la naturaleza del pecado fue crucificada y recibimos una vida nueva, para que, a través del poder del Espíritu Santo, podamos vivir en comunión con Dios y en la búsqueda de Su perfecta voluntad.

El mundo ha rechazado sistemáticamente la obra de Jesucristo y sigue operando bajo el gobierno de las tinieblas, pero la Iglesia, compuesta por todos los regenerados por la gracia soberana, tiene la gloriosa potestad de vivir el Reino de Dios. Por supuesto, la espera del Reino perfecto llegará luego de la venida del Señor y la primera resurrección de los muertos, pero hasta entonces la Iglesia batalla y resiste contra el pecado y la oscuridad del sistema global.

Esta lucha se incrementará día a día cada vez más, porque antes de la venida del Señor se manifestará en plenitud el anticristo y su perverso gobierno. Esto ya se está gestando poco a poco, y la revolución digital cumplirá un rol clave en la formación y manifestación de un Nuevo Orden Mundial. Esto no convierte al avance tecnológico en algo diabólico, tal como hemos visto, todo depende de quién o cómo se le dé uso.

Este pasaje citado describe la segunda venida de Cristo, Su poder y glorioso retorno, así como Su victoria

sobre el anticristo y sus fuerzas malignas. También podemos ver claramente en **2 Tesalonicenses 2:3 y 4** al hombre de pecado, quien se revelará antes de la venida de Cristo.

El gobierno del anticristo, como se describe en la Biblia, no es solo una entidad individual, sino un sistema de poder que se opone a Dios y se manifiesta a través de engaño y persecución. La venida de Cristo es una promesa de juicio y liberación para el pueblo de Dios, así como una victoria sobre el mal y la muerte. **Apocalipsis 22:6 al 21** describe la inminencia de esta venida y la importancia de estar preparados.

Es por esto que consideré incluir este capítulo, en el que pretendo analizar de qué manera, el buen uso de la tecnología y los medios digitales, pueden contribuir valiosamente para la expansión y la resistencia del Reino de Dios a través de la Iglesia. De la misma forma, creo que es importante analizar por qué debemos utilizar el discernimiento espiritual para interpretar el uso espiritual que el sistema humanista global pretende darle a esta revolución digital.

Los avances tecnológicos no solo nos facilitan la vida cotidiana, sino que también están configurando silenciosamente un nuevo modelo de control a nivel global. Detrás de las cámaras inteligentes, los teléfonos móviles, las plataformas de redes sociales y las monedas digitales, se está construyendo una red invisible de vigilancia, dominio y dependencia. Y aunque muchos celebran estos desarrollos

como símbolos del progreso humano, los líderes de la Iglesia debemos observar con discernimiento espiritual lo que realmente está en juego.

Ya no estamos hablando simplemente de ciencia ficción. Hoy, muchas naciones poseen la capacidad de rastrear los movimientos de sus ciudadanos en tiempo real, almacenar cantidades masivas de datos sobre su comportamiento digital, y tomar decisiones automatizadas basadas en algoritmos. El llamado “Gran Hermano” ya no es una figura literaria, sino una realidad técnica habilitada por la inteligencia artificial, el reconocimiento facial, los sistemas de geolocalización y el “big data”<sup>1</sup>.

Empresas privadas como Google, Amazon, Meta o Microsoft, en colaboración con gobiernos y organismos internacionales, concentran un poder sin precedentes sobre la información mundial. Lo que uno lee, compra, busca o publica en línea ya no es parte del ámbito privado; se ha convertido en materia prima para sistemas que predicen y manipulan conductas, a menudo con fines comerciales, políticos o ideológicos.

En algunos países ya se están implementando sistemas de “puntuación social”<sup>2</sup>, como en China, donde el comportamiento digital y social de los ciudadanos determina su acceso a servicios, empleo, transporte o crédito. Esta realidad nos lleva a considerar, sin alarmismo pero con seriedad, cómo estas tecnologías podrían ser utilizadas en el

futuro para silenciar, marginar o perseguir a quienes no se alineen con la agenda del sistema.

La pregunta que muchos se hacen es: ¿Realmente se puede considerar el gobierno anunciado del anticristo como un Nuevo Orden Mundial con bases en la revolución digital? Bueno, la expresión “Nuevo Orden Mundial” ha circulado durante décadas en ámbitos geopolíticos y proféticos. Lo que en otros tiempos fue una idea distante o teórica, hoy parece estar tomando forma concreta a través de estructuras globales de gobernanza, digitalización económica y uniformidad ideológica promovida desde organismos multilaterales<sup>3</sup>.

La pandemia del COVID-19, por ejemplo, aceleró de manera impresionante la implementación de mecanismos digitales de control poblacional, mostrando cuán vulnerable es la sociedad ante crisis que requieren obediencia inmediata a normas globales. Diría que cualquier crisis superior a la del COVID-19, en la cual murieron unos quince millones de personas, pondría al mundo de cabeza una vez más.

Entiendo que la cifra mencionada puede ser terrible si incluye a algún ser querido, pero en relación a la población mundial de algo más de ocho mil millones de habitantes, es una cifra relativamente pequeña. Solo quince millones de muertos, en una población de ocho mil millones, cambiaron al mundo un par de años. ¿Qué pasaría si fueran ciento cincuenta millones de personas, o incluso mil quinientos millones? Pregunto: ¿No sería esto algo lo suficientemente

poderoso como para establecer un control absoluto sobre la sociedad?

Pongo el ejemplo de una pandemia mayor, pero ¿qué pasaría si fuera la tercera guerra mundial en un mundo cargado de armamentos nucleares? De hecho, la bomba más poderosa jamás detonada, conocida como “Bomba del Zar”, fue tres mil trescientas veces más potente que la bomba de Hiroshima. Esta bomba de hidrógeno, probada por la Unión Soviética en 1961, liberó una energía equivalente a cincuenta millones de toneladas de TNT. ¿No les parece que, 64 años después, debe estar oculta alguna bomba peor?

Desde una perspectiva bíblica, no podemos ignorar las claras advertencias proféticas. En Apocalipsis 13 se nos habla de un sistema global encabezado por una “bestia” que exigirá adoración y controlará el comercio mediante una marca sin la cual “nadie podrá comprar ni vender”. Durante siglos, esto podría haberse puesto por obra en alguna pequeña región, o incluso algún país que implementara algún tipo de control extremo, pero a nivel mundial, esto hubiera sido imposible.

Hoy por hoy, no podemos afirmar que la marca del anticristo sea específicamente un microchip, puede que sea algo diferente o superior, pero sí podemos reconocer que el camino está allanado para que, en el tiempo profético señalado, se pueda establecer un sistema que requiera obediencia absoluta al poder global a través de medios digitales.

Uno de los desarrollos más inquietantes es el avance de las monedas digitales de bancos centrales o “CBDCs”<sup>4</sup>, que permitirían a los gobiernos tener control directo sobre cómo, cuándo y dónde gasta cada ciudadano su dinero. A esto se suma el uso extendido de la “identificación digital biométrica”<sup>5</sup> y la creciente integración de sistemas globales de vigilancia. Todo parece alinearse con la imagen de un mundo cada vez más controlado desde arriba, donde el margen de libertad se reduce sutil pero eficazmente.

La Iglesia del Señor no debe reaccionar con temor, sino con discernimiento espiritual. Los líderes tenemos la responsabilidad de ser como los hijos de Isacar, “*entendidos en los tiempos*” (1 Crónicas 12:32), capaces de leer las señales espirituales para advertir y preparar al pueblo.

Jesús mismo advirtió que el tiempo final vendría con engaños sutiles y que muchos serían arrastrados si no permanecen firmes en la verdad (Mateo 24:4 y 5). Hoy, el discernimiento espiritual no debe ser la capacidad de algún iluminado, sino que es una necesidad de todos los líderes de esta generación.

El discernimiento se puede definir como la cualidad de ser capaces de entender y comprender lo que está aconteciendo en el plano espiritual; es la capacidad de percibir algo, un poder para ver lo que no es evidente para la mente promedio o las capacidades naturales. La definición también destaca la precisión, como la capacidad de ver claramente la verdad. El discernimiento espiritual es la

capacidad de distinguir entre la verdad y el error, lo cual es fundamental para vivir con sabiduría espiritual.

La Biblia nos enseña que Jesús es nuestra sabiduría (**1 Corintios 1:30**). La forma en que el mundo adquiere la sabiduría es diferente a la que debemos utilizar nosotros. Los sabios del mundo adquieren conocimientos y aplican la razón al conocimiento para resolver problemas y crear filosofías. Pero Dios no hace que el conocimiento de sí mismo esté disponible de esa manera. En **1 Corintios 1:18 al 31** dice que la sabiduría de los sabios es destruida por Dios, a la vez que otorga verdadera sabiduría a los escogidos por Su gracia. De esa manera, ningún ser humano puede jactarse en Su presencia.

Por supuesto que no hay nada de malo en tener conocimiento o una buena educación, y no está mal utilizar la razón y la lógica para resolver problemas. Sin embargo, el discernimiento espiritual no se puede alcanzar de esa manera, justamente porque es algo espiritual. El autor de la carta a los Hebreos muestra cómo se desarrolla el discernimiento espiritual a través de la madurez espiritual. Es decir, el crecimiento de la vida de Cristo en nosotros produce sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal (**Hebreos 5:14**).

En este tiempo, no solo debemos reconocer que Cristo es nuestra sabiduría, sino que debemos clamar por el aumento de sabiduría espiritual (**Santiago 1:5; Filipenses 1:9**).

La mejor forma de reconocer un billete falso es tener un conocimiento íntimo del billete verdadero. Habiendo estudiado los billetes auténticos, los cajeros de banco no pueden ser engañados cuando les entregan un billete falso. El conocimiento del billete verdadero les ayuda a identificar el falso; por eso es tan importante ejercitarnos en la profunda comunión con Dios y en el conocimiento de Su Palabra.

Como pastores y líderes, no podemos ignorar los cambios culturales y tecnológicos que están moldeando la mentalidad de las nuevas generaciones. Tampoco podemos permitirnos el lujo de ser ingenuos ante el creciente control de la información y la vigilancia digital. Necesitamos una visión bíblica del mundo y un corazón alerta para enseñar a la iglesia a vivir con sabiduría y firmeza, sin entregarse a la corriente dominante del sistema.

Esto incluye formar creyentes que no dependan exclusivamente de plataformas digitales para su vida espiritual, sino que cultiven una relación personal con Dios en oración, estudio bíblico y comunión verdadera con el cuerpo de Cristo.

Personalmente, veo que muchos hermanos consumen predicadores en las redes conforme a sus preferencias, y eso está muy bien; no hay problema con ello. Pero nadie debe caer en la idolatría de pensar que los comunicadores somos infalibles, o que aquel a quien escuchan dice la verdad y solamente la verdad. Podemos ser más confiables o menos

confiables, pero nadie puede asegurar que el cien por ciento de todo lo que enseñamos sea absolutamente correcto.

Tal vez alguien pueda sentirse impactado con lo que estoy afirmando, o incluso escandalizado, pero más escandaloso es mentir, porque todos estamos en un proceso de crecimiento y expansión del conocimiento. Por supuesto que quienes enseñamos la Palabra no tenemos ni la mínima intención de errar, y todos oramos para que el Espíritu Santo alumbre nuestro entendimiento y tome autoridad al impartir una enseñanza. Pero es claro que Él interactúa con nosotros sin quitarnos dominio propio, o sin obligarnos a comunicar lo que Él quiere.

Ese es el diseño del Nuevo Pacto y, a pesar de los errores en los que muchos pueden caer, está determinado por Dios, y punto. La evidencia de muchas diferencias en la enseñanza actual debe generarnos temor reverente y mucho cuidado, porque no todos podemos estar acertados con todo.

Sin dudas, hay muchos ministros que están enseñando algunos puntos de manera errónea. Reitero, todos nos esforzamos para que no sea así, pero hay muchos factores que pueden generar errores. Por eso quienes consumen enseñanzas solamente de un ministro también deben pensar por sí mismos, no tomando cada palabra como una absoluta verdad. Recordemos que el único maestro infalible y al cual todos tenemos acceso es el Espíritu Santo.

En tiempos de oscuridad como los que se vienen, la luz de Dios no debe apagarse; debe arder con mayor claridad. Por eso no debemos depender exclusivamente de otros, porque el futuro traerá consigo restricciones para acceder a enseñanzas, para compartir o incluso vivir nuestra fe en libertad. No podemos sorprendernos. Los primeros cristianos vivieron en un ambiente hostil y, sin embargo, su testimonio transformó el mundo. Hoy nosotros debemos recuperar esa fe valiente, dispuesta a resistir a pesar del sistema.

Esto implica preparar a la iglesia para que no dependa del confort, sino del carácter; que no sea dirigida por algoritmos, sino por el Espíritu Santo; que no sea moldeada por las tendencias, sino por la verdad eterna de la Palabra de Dios. La resistencia cristiana comienza en el altar, no en la protesta. Comienza con líderes que advierten, enseñan y oran con visión profética y celo pastoral.

Frente al control digital que seguramente vendrá, no debemos responder con paranoia, sino con una fe sólida que no debemos negociar por nada. Debemos preparar comunidades donde podamos retener la verdad, que sepamos dar una clara lectura a la realidad que se produzca y que sepamos cómo reaccionar conforme a la voluntad de Dios. Que no negociemos por nada nuestra fidelidad, y que podamos sobrevivir, crecer y florecer aun si se nos cierran las puertas del sistema global.

No estamos solos ni derrotados. Cristo es nuestro Rey y lo será por siempre. Su Reino no es de este mundo y,

aunque recrudezca duramente el reino de las tinieblas, la Iglesia no debe ser afectada. La red invisible del control humano no puede atrapar al pueblo que ha sido redimido por la sangre del Cordero. Aunque el sistema se vuelva hostil, la Iglesia no debe temer: somos luz, somos sal, somos columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**).

El desafío de esta generación es ser discernidores y fieles, no populares ni complacientes. Eduquemos a la iglesia, alertemos con amor y firmeza, y vivamos con los ojos abiertos, pero el corazón lleno de esperanza. Porque al final, no será el sistema quien gobierne, sino el Cordero que está sentado en el trono. Y a Él sea toda la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

*“No temas lo que estás por sufrir. He aquí, el diablo echará a algunos de vosotros en la cárcel para que seáis probados, y tendréis tribulación por diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida.”*

Apocalipsis 2:10

Notas aclaratorias:

**Big Data:** Conjunto de tecnologías que permiten analizar enormes cantidades de datos generados por las personas en línea, con el fin de predecir comportamientos o tomar decisiones automatizadas.

**Puntuación social:** Sistema implementado en China por el cual el comportamiento ciudadano (comentarios en redes, historial de pagos, relaciones sociales) se mide y afecta su vida cotidiana (viajes, empleos, préstamos).

**Organismos multilaterales:** Entidades como el Foro Económico Mundial, la ONU, el FMI o la OMS, que promueven políticas globales unificadas sobre economía, salud, cambio climático y tecnología.

**CBDCs (Central Bank Digital Currencies):** Monedas digitales emitidas por bancos centrales. A diferencia de criptomonedas descentralizadas, estas son totalmente controladas por los gobiernos, quienes podrían programarlas, rastrearlas o restringir su uso.

**Identificación digital biométrica:** Tecnología que utiliza rasgos físicos únicos (huellas, rostro, iris) para registrar y autenticar a las personas en sistemas digitales, frecuentemente ligada a servicios financieros y gubernamentales.



## Capítulo siete

# LA LUCHA CONTRA LA ADICCIÓN DIGITAL

*“Todo me está permitido, pero no todo es para mi bien.  
Todo me está permitido, pero no dejaré que nada me  
domine.”*

1 Corintios 6:12 NVI

En el plano espiritual, las cadenas no siempre son visibles ni los grilletes que aprisionan el caminar de la gente. Hoy, muchos creen que caminan con libertad, pero la verdad es que están atados a una esclavitud que se esconde en sus bolsillos o se posa silenciosamente en sus manos. Me refiero a los dispositivos que nos dan acceso a los medios digitales.

El uso excesivo de las redes sociales puede llevar a una adicción comportamental, conocida como “trastorno de adicción a las redes sociales”, un fenómeno que puede afectar la salud mental y el rendimiento académico o laboral. El cerebro de una persona adicta a las redes sociales puede experimentar cambios similares a los observados en personas con adicciones a sustancias psicoactivas. Incluso, los expertos aseguran que se puede llegar a sufrir una reducción

del volumen de la materia gris en áreas importantes del cerebro, que es donde se producen las sinapsis, es decir, las conexiones entre nuestras neuronas.

Esto convierte a la adicción digital en una de las esclavitudes más aceptadas socialmente y una de las más peligrosas. Todos se escandalizan ante la visible adicción de quienes están atrapados en las drogas, pero nadie cuestiona a una persona que pasa horas frente a una pantalla, a quienes no pueden dejar de revisar su celular, o incluso a los creyentes que interrumpen sus oraciones o su adoración por una notificación recibida. Sin embargo, lo que es culturalmente aceptable no siempre es espiritualmente saludable.

Como podemos leer en **1 Corintios 6:12**, citado al principio de este capítulo: ***“No debemos permitir que nada nos domine”***. Esta poderosa verdad debe resonar con urgencia en este tiempo, porque tristemente es lo que está ocurriendo ante nuestros ojos. Es más, creo que todos lo sabemos, pero no estamos haciendo nada al respecto.

Esta declaración debería ser un principio rector para cada cristiano en esta era digital: no permitir que ninguna cosa, por útil que parezca, llegue a ejercer dominio sobre nosotros. Aunque muchos no lo entiendan así, para los cristianos la lucha contra la adicción digital es, en esencia, una lucha por la libertad espiritual.

Pero, ¿qué es exactamente la adicción digital? Bueno, podemos definir la adicción digital como el uso excesivo, compulsivo e incontrolado de dispositivos tecnológicos tales como teléfonos móviles, computadoras, redes sociales, videojuegos o plataformas de entretenimiento. No se trata simplemente de pasar mucho tiempo en línea, sino de perder el control sobre ese tiempo, generando una dependencia que afecta negativamente la vida espiritual, emocional, familiar y social.

Las adicciones interfieren, según los expertos, con el proceso natural del cerebro, alterando los centros de recompensa. Al estimular el centro de recompensa, el cerebro libera dopamina y otras hormonas relacionadas con el bienestar. La falta de este estímulo provoca una sensación de malestar en la persona y la necesidad de repetir dicha acción, repitiendo el consumo de este comportamiento.

Al igual que las drogas, los comportamientos adictivos con los videojuegos o pantallas producen una euforia intensa y una mayor liberación de hormonas de recompensa que las que se generan normalmente con las actividades diarias. Esto hace que se genere una sensación placentera y que se desee repetir esas sensaciones. En este momento es cuando se activa el mecanismo de la adicción.

Una vez que la adicción se ha desarrollado en el cerebro, causa una gran cantidad de cambios en su anatomía, remodelando los circuitos neuronales para dar el máximo

valor a las sustancias o comportamientos tóxicos a la salud, el trabajo, la familia o a la vida misma.

Al afectar el funcionamiento normal del sistema nervioso central, se producen efectos que distorsionan la percepción y cambian la conducta, alterando nuestras capacidades y modificando nuestra manera de pensar y de comportarnos ante cualquier enfrentamiento de nuestra realidad.

En el contexto cristiano, la adicción digital puede manifestarse de maneras muy sutiles. Por ejemplo, cuando comenzamos a reemplazar nuestro tiempo de oración por el tiempo en redes sociales, es porque algo está mal. No debemos justificar impedimentos evitables, porque hace pocos años atrás no teníamos dispositivos móviles y, sin embargo, nadie se moría por eso.

Cuando debemos pasar unos momentos sin celular, cuando no lo tenemos en nuestras manos, o cuando lo hemos perdido de vista y nos sentimos inquietos o padeciendo gran ansiedad, es porque algo está muy mal. No me refiero al temor de haber perdido un costoso dispositivo, eso es lógico y normal, sino a la ansiedad por no poder mirarlo.

Si nosotros, como cristianos, estamos en medio de una actividad como la oración, una predicación o un momento de adoración, y no podemos evitar revisar el teléfono, es porque algo está mal. Entiendo que puede haber situaciones especiales donde esperamos alguna comunicación

importante, pero hay muchos hermanos que miran de continuo su teléfono y no es porque estén esperando un mensaje importante, sino que no pueden evitarlo.

No debemos perder sensibilidad espiritual debido al exceso de estímulos digitales. Como maestro, no estoy en contra de que la gente tenga su Biblia en el móvil, pero también debe tener conexión con el libro, porque de lo contrario verá afectado su contacto con el panorama bíblico. En el móvil ponemos el número de un versículo y simplemente nos aparece en pantalla, pero en el libro impreso debemos buscar y tenemos la posibilidad de escudriñar el contexto de determinado versículo. Si no queremos violentar las Escrituras, esto es muy importante.

Entiendo que muchos creyentes, incluso muchos líderes, batallan con esta realidad. Es una lucha silenciosa, pero intensa. Una batalla que no se libra con espadas, sino con la voluntad, la autodisciplina y la guía del Espíritu Santo. No tengamos por inocente algo que puede ser calificado como una adicción.

Justamente la gravedad de este tipo de conductas es que pretenden pasar desapercibidas, o al menos como algo que no envuelve gravedad. Sin embargo, si conociéramos el caso de algún ministro atrapado por la adicción a la cocaína, nos parecería absolutamente escandaloso, pero no vemos de la misma forma la adicción al consumo de medios digitales.

Lo mismo ocurre con otros comportamientos, porque si un hermano estuviera atrapado por el tabaquismo, todos lo cuestionarían; sin embargo, hay algunos que están atrapados con la adicción a la comida: están muy gordos, no pueden dejar de comer, tienen en riesgo real su salud, pero todos lo ven como si no fuera nada grave.

La adicción digital no es solo un problema de hábitos, es también un asunto del corazón. En el fondo, revela una tendencia humana antigua: “la idolatría”. Cuando un objeto, en este caso un dispositivo o una plataforma digital, ocupa el lugar de prioridad, afecto y dependencia que solo a Dios le corresponde, estamos frente a un ídolo moderno. Tal vez no es una imagen de piedra, hierro o madera; tal vez no tiene una forma que podamos vincular a un dios, pero ciertamente es idolatría.

Juan nos advierte en su primera carta: ***“Hijos, guardaos de los ídolos”*** (1 Juan 5:21). En este tiempo, los ídolos no siempre son estatuas. A veces son pantallas brillantes que nos absorben el alma, nos roban el tiempo y nos alejan de la presencia de Dios. Si pasamos más tiempo enfocados en la pantalla que en Dios, si le entregamos nuestro tiempo, pero para Dios decimos no tenerlo, es porque hemos caído en la trampa de Satanás.

Reitero esto: el problema no es la tecnología en sí, sino cómo nuestro corazón responde ante ella. Cuando buscamos en la tecnología lo que solo Dios puede darnos, paz, identidad, pertenencia, propósito, consuelo o una buena cuota

de dopamina, caemos en una trampa peligrosa. La adicción digital es muchas veces un intento de llenar vacíos espirituales con estímulos temporales.

Debemos tener en claro que la adicción digital no es inofensiva. Tiene consecuencias reales y profundas en la vida de fe. Nuestra vida espiritual necesita ser alimentada con la Palabra; si la conformamos con breves imágenes cristianas en redes, con versículos aislados o algunas canciones, perderemos el hábito de la meditación bíblica profunda, y es ahí donde está nuestra verdadera nutrición.

Cuando nos acostumbramos a los estímulos rápidos, dejaremos de ser profundos y, por tal motivo, tampoco seremos equilibrados ni sabios. Cuando no tenemos profundidad con Dios, tampoco la tendremos con nuestro verdadero entorno. Muchos hermanos comparten el mismo espacio físico con sus familiares, pero están tristemente inmersos en sus medios digitales y no registran la vida que los rodea ni las demandas de sus seres queridos.

La saturación de contenido digital, aunque sea en esencia cristiano, puede endurecer el corazón y hacer que perdamos el asombro por la presencia de Dios. Pablo nos exhorta al respecto diciendo: ***“Examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal”*** (1 **Tesalonicenses 5:21 y 22**). En este contexto, debemos examinar nuestro uso digital a la luz de la Palabra, discernir lo que edifica y soltar aquello que nos esclaviza.

Gracias a Dios, la Biblia no solo revela los peligros que pueden acecharnos, sino que también nos ofrece caminos de libertad. Algunos principios esenciales para luchar contra la adicción digital incluyen: renovar la mente. ***“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...” (Romanos 12:2).***

Necesitamos llenar la mente con la verdad de Dios, no con el ruido de la cultura digital. Esto significa cambiar la forma en que pensamos, nuestras perspectivas y nuestros patrones de pensamiento. Es un proceso de reemplazar pensamientos negativos, miedos o desconfianza con una perspectiva que refleje el amor, la esperanza y la confianza en Dios.

En términos bíblicos, renovar nuestro entendimiento implica la capacidad de interpretar la vida a través de la Palabra de Dios y la inspiración del Espíritu Santo, en lugar de hacerlo a través de simples opiniones encontradas en medios digitales. No debemos edificar fundamentos espirituales a través de frases publicadas en TikTok; no seamos livianos ni superficiales a la hora de analizar la vida.

Hace poco, un grupo de apóstoles me pidió que, como maestro, analizara las enseñanzas de un conocido músico cristiano que ahora está muy activo en redes sociales y que, por su popularidad, cuenta con grandes audiencias. Accedí a ese pedido y comencé a escuchar sus enseñanzas. Él impactaba a muchos con breves conceptos publicados en TikTok, por lo que fue lo primero que revisé.

La verdad es que todo parecía inocentemente correcto, pero después de pocos videos, llené varias carillas de errores bíblicos. Sus enseñanzas no estaban completamente mal, pero eso es lo que las vuelve peligrosas: en cierto aspecto son correctas, pero en esencia están mal y pueden ser muy dañinas para quienes no logran analizarlas profundamente.

La esencia del pensamiento divino no está expresada en simples frases o breves conceptos, sino en las profundidades de las Escrituras. Por eso el Señor nos manda a escudriñar la Palabra, no a realizar una lectura veloz (**Juan 5:39**). Si realmente queremos entender a Dios, interpretar correctamente los diseños del Reino y ser efectivos en nuestra vida espiritual, no debemos ser consumidores superficiales y livianos de TikTok.

*“Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda”*

Proverbios 25:28

Otra de las cosas que debemos hacer para no caer en la trampa de los medios digitales es establecer límites concretos. Podemos usar alarmas que nos hagan reaccionar, restringir horarios, apagar los dispositivos a ciertas horas o tener zonas libres de tecnología en el hogar. Estos pueden ser pasos sencillos pero poderosos hacia la libertad.

La batalla contra la adicción digital no debe librarse en soledad. La Iglesia tiene un papel fundamental como comunidad de fe y apoyo a los santos. Como líderes,

podemos ayudar enseñando sobre la realidad de la adicción digital, exponiendo el tema y despertando conciencia en quienes tal vez ni siquiera han considerado esta situación en sus vidas.

Debemos promover espacios libres de pantallas, reuniones donde el foco esté en la comunión y no en la tecnología. Enseñar la mayordomía del tiempo, el valor de cada momento y su buena administración. Además, acompañar a los creyentes en prácticas que fortalezcan su vida espiritual y los ayuden a romper hábitos nocivos.

La Iglesia, como comunidad, puede ser un ámbito donde la libertad se predique y practique. Puede convertirse en un refugio para quienes desean volver a lo esencial, sin caer en las trampas diabólicas de este sistema. Un mundo que exalta la velocidad, el ruido y la sobreinformación puede ser mortal para la sobriedad espiritual, si no logramos someterlo con dominio propio y discernimiento.

La verdadera conexión que sostiene nuestra vida no es la conexión a internet, sino la conexión con Cristo. Nuestra identidad no debe basarse en seguidores o “likes”, sino en el amor eterno del Padre. Tal como el apóstol Pedro nos escribió: ***“Sed sobrios y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”*** (1 Pedro 5:8).

En esta era digital, uno de los métodos del enemigo es devorar nuestra atención, tiempo y pasión por Dios a través de distracciones constantes.

Por eso, hoy más que nunca, debemos hacer un alto, evaluar nuestro uso digital y decidir con firmeza no dejarnos dominar por nada. A libertad nos llamó el Señor; vivamos esa libertad teniendo el mundo digital bajo gobierno. No dejemos de utilizarlo por miedo, sino sujetémoslo bajo gobierno espiritual y usémoslo para la evangelización y para la gloria de nuestro Dios.

### Oración:

*Señor amado, honramos Tu gobierno y Tu poder, y nos inclinamos ante Ti, reconociendo que muchas veces hemos sido dominados por cosas que parecen inofensivas. Confesamos que hemos dado en nuestras vidas un lugar trascendente a la tecnología, pero reconocemos que lo más importante es Tu presencia. Por tal motivo, Señor, te pedimos que nos ayudes a no descuidar nuestra comunión contigo. Ayúdanos a vivir conectados a Ti más que al mundo digital. Enséñanos a utilizar los recursos digitales con sabiduría y sobriedad, sin permitir que nos alejen de Ti y de nuestro propósito espiritual. Señor, llena nuestra mente de Tu Palabra y nuestro corazón de una inquebrantable pasión por Tu Reino. Te lo pedimos en el Nombre de Jesús, amén.*

# CONCLUSIÓN FINAL

Como hemos visto, vivimos en una era donde la tecnología y los medios digitales han transformado radicalmente la manera en que nos relacionamos, trabajamos y hasta cómo ejercemos nuestra fe. Sin embargo, esta transformación no está exenta de peligros, especialmente cuando las herramientas diseñadas para conectarnos y facilitarnos la vida terminan esclavizándonos. La adicción digital es una realidad palpable, una esclavitud moderna que no siempre es visible, pero que impacta profundamente nuestra libertad espiritual, emocional y social.

Como hemos explorado a lo largo de este libro, la adicción digital no es un simple mal hábito ni un problema exclusivo de la sociedad secular; es también una batalla espiritual, un conflicto que nace en el corazón humano. En esencia, esta adicción es una forma contemporánea de idolatría, donde dispositivos, plataformas y pantallas ocupan el lugar que solo Dios debería tener (**1 Juan 5:21**). Hoy, esos ídolos pueden no tener forma de piedra o metal, sino la apariencia de una pantalla luminosa que absorbe nuestra atención, nos roba el tiempo y nos aleja de la verdadera presencia de Dios.

La Biblia nos llama a no permitir que nada nos domine (**1 Corintios 6:12**). Esta exhortación debe resonar con urgencia en nuestros corazones y acciones, porque la libertad

por la que Cristo nos liberó está en juego. La lucha contra la adicción digital es una lucha por esa libertad espiritual que solo Él puede otorgar, una libertad que se manifiesta en la renovación de nuestra mente, y en el dominio propio guiado por el Espíritu Santo (**Romanos 12:2**).

Reconocer este problema implica enfrentar la realidad con valentía. No podemos seguir minimizando los efectos que la tecnología tiene en nuestra vida espiritual, familiar y ministerial. La distracción constante, la superficialidad con que consumimos contenido, la pérdida de profundidad en la meditación bíblica y el descuido del tiempo en comunión íntima con Dios, son señales claras de que necesitamos un cambio urgente.

Pero no estamos solos en esta batalla. La Iglesia tiene un papel crucial como comunidad de fe que acompaña, exhorta y edifica. Los líderes y pastores deben asumir la responsabilidad de enseñar sobre esta realidad, promover espacios libres de pantallas y formar en la mayordomía del tiempo. Al hacerlo, la Iglesia se convierte en un refugio donde se predica y practica la verdadera libertad, donde se fortalece la voluntad y se aprende a gobernar la tecnología con sabiduría, en lugar de ser gobernados por ella.

En un mundo que exalta la velocidad, el ruido y la sobreinformación, es vital que como creyentes cultivemos sobriedad espiritual, discernimiento y profundidad. La verdadera conexión que sostiene nuestra vida no está en la conexión a internet, sino en la conexión viva con Cristo, en

la certeza de que nuestra identidad y valor provienen del amor eterno del Padre, no de “likes”, seguidores o aprobaciones digitales.

El proceso de renovación implica reemplazar pensamientos y hábitos equivocados con la verdad de Dios, tomando decisiones conscientes y concretas como establecer límites de uso, espacios y tiempos sin dispositivos, y priorizar la lectura profunda de la Palabra. Esto también requiere humildad para discernir enseñanzas superficiales que pueden parecer correctas, pero que no edificarán nuestro espíritu ni nuestra comunidad.

Finalmente, esta obra es una invitación a despertar y a vivir con intencionalidad en un mundo digital que nos seduce y nos desafía. Que podamos ser portadores de una fe profunda, equilibrada y apasionada, que no se deje arrastrar por modas o estímulos fugaces, sino que se ancle firmemente en la verdad de Dios y en la comunión constante con Él.

Que cada lector y líder que ha recorrido estas páginas se sienta llamado a vivir la libertad para la cual Cristo nos liberó, a someter la tecnología bajo el gobierno espiritual, y a utilizarla sabiamente para la expansión del Reino y la gloria de nuestro Dios.

No dejemos que nada ni nadie nos robe la atención, el tiempo y la pasión que debemos entregar a Aquel que nos amó primero y nos llamó a una vida de plenitud y victoria. La batalla es real, la victoria está asegurada en Cristo, y la

Iglesia tiene la misión de vivir y proclamar esta libertad cada día.

### Llamado a Pastores y Líderes:

A ti, pastor y líder de la Iglesia, te dirijo un llamado urgente y apasionado: no subestimes la magnitud de esta batalla que enfrentan tus hermanos y hermanas en la fe. El desafío de la adicción digital, como hemos visto, está afectando a las familias, a los jóvenes, a los adultos y también a quienes ejercen el ministerio. Es tu responsabilidad espiritual guiar a tu congregación hacia una relación saludable y libre con la tecnología, enseñando con sabiduría y amor cómo discernir y dominar estos tiempos.

Comprométete a ser un ejemplo de sobriedad y dominio propio, a abrir espacios para la reflexión y el acompañamiento, y a predicar no solo contra lo que esclaviza, sino a promover la verdadera libertad que solo Cristo da. Forma a tu comunidad para que reconozca las trampas de esta era digital, y con el poder del Espíritu Santo, sea capaz de vivir una fe profunda, auténtica y transformadora.

Que tu ministerio sea un faro de luz que guíe a la Iglesia a tomar el control de sus tiempos, a renovar su mente en la Palabra de Dios y a vivir en la libertad gloriosa que Cristo nos ha concedido. No dejemos que las distracciones

del mundo digital nos roben la esencia de nuestra vocación y la pasión por el Reino. En esta lucha, el liderazgo fiel y comprometido hará toda la diferencia. Estamos a las puertas de los últimos tiempos, y advertir a nuestra gente, es una tarea fundamental. ¡Qué el Señor nos de sabiduría para realizarlo de manera efectiva!

***“Tened cuidado de vosotros mismos y de todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para pastorear la iglesia de Dios, la cual él adquirió por su propia sangre.”***

Hechos 20:28



## RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en mí página personal **[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

## **Pastor y maestro**

*Oswaldo Rebolleda*



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

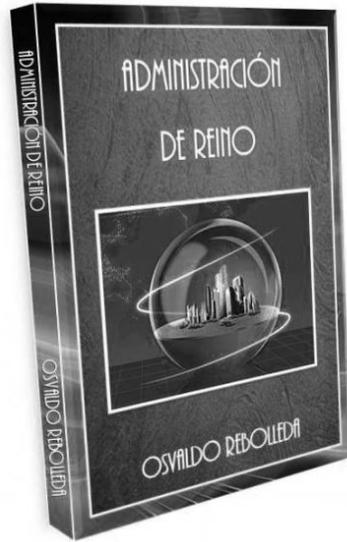
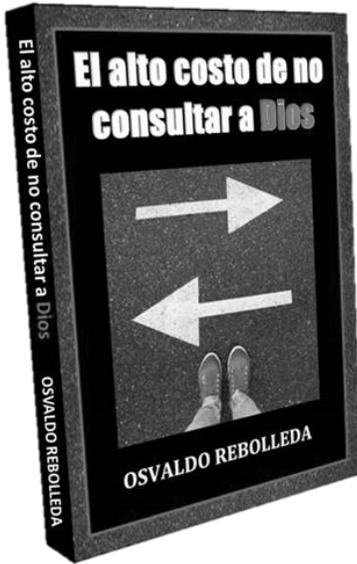
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de  
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

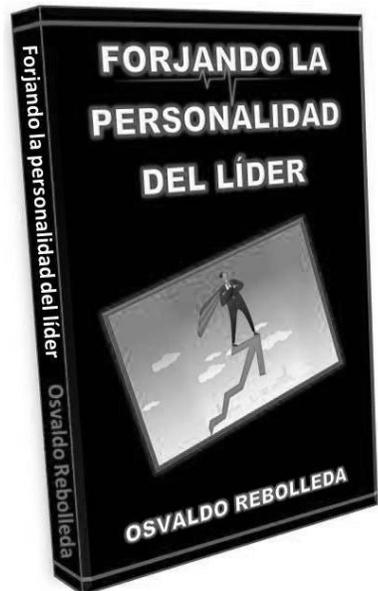
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina  
Y hasta lo último de la tierra.

[rebolleda@hotmail.com](mailto:rebolleda@hotmail.com)

[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



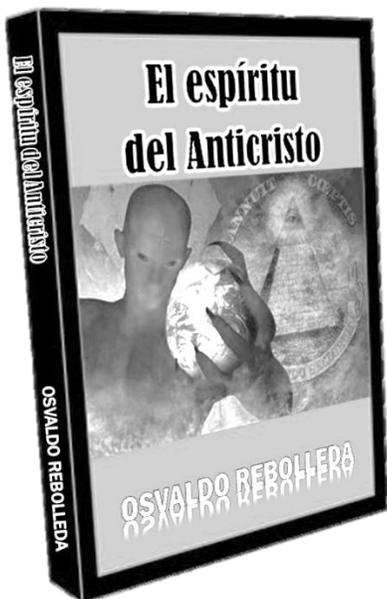
[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)



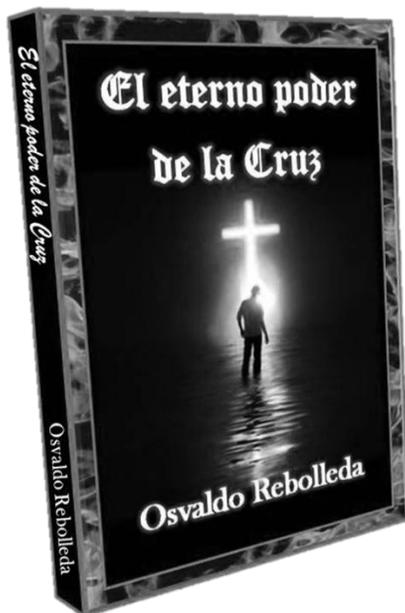
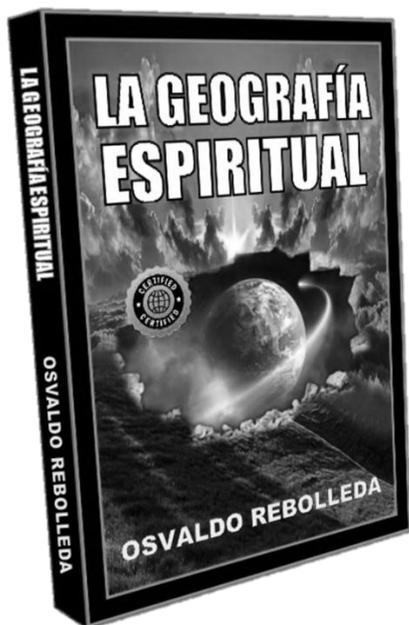


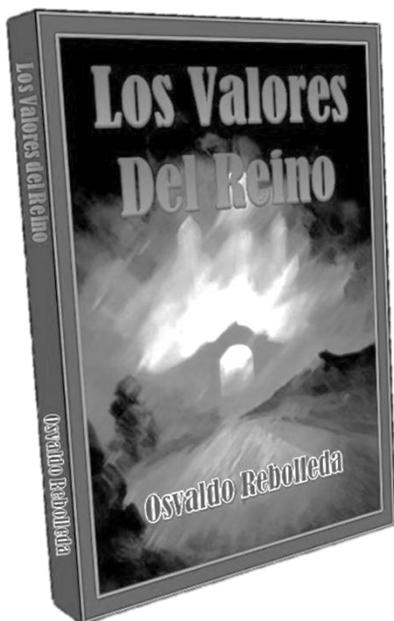
[www.osvaldorebolledo.com](http://www.osvaldorebolledo.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)





[www.osvaldorebolleda.com](http://www.osvaldorebolleda.com)

